Gayarre. Memorias transcritas (III). Memoria sobre Julián Troncoso.

JULIÁN TRONCOSO

Poco tiempo estuvo a nuestro lado; pero bien aprovechado. Vino como capitán de Caballería destinado a Zaragoza. Estaba casado con una distinguida dama pamplonica, Elena Cadena, bien curtida en su juventud en el infortunio. Y fruto del matrimonio eran dos niños gemelos, tan iguales que constituían un auténtico problema diferenciarlos. Recién casados Elena y Julián fue éste destinado a África, donde le cogió la catástrofe del año 1921, el llamado «Desastre de Annual», siendo hecho prisionero por Abd el-Krim, con el cuartel general del general Navarro. Durante su prisión nacieron sus hijos y Elena se vio así doblemente agobiada por la incertidumbre y la preocupación. La alegría de Elena al producirse la liberación de su esposo es de imaginar. Desde entonces fue feliz aquel hogar y la felicidad persiste y ojalá sea interminable.

Zaragoza era un buen destino por la importancia que entonces tenía la capital aragonesa y por la proximidad a Pamplona, a la que Elena no olvidaba por tener en ella a sus familiares y a sus amistades de siempre y porque siempre tuvo pasión por su tierra. El hogar deshecho por las vicisitudes de la guerra de África, podía rehacerse con una total consagración a él. Pero a los pocos días de estar instalados en Zaragoza, Julián entroncó con nosotros; gran aficionado al fútbol no supo disimular sus inclinaciones. Y como tenía personalidad propia, por su buen criterio, pronto vimos en él la posibilidad de una eficaz colaboración. Y Julián fue pronto directivo en plena actividad.

Había por entonces, y tradicionalmente, costumbre de salir a pasear al Paseo de la Independencia. Cobijadas bajo las acacias se formaban corrillos y tertulias utilizando las sillas de La Caridad. Según las épocas estaba de moda sentarse a un lado o al otro del Paseo; esto se observaba con rigidez y quedó reflejado en unos pareados de «Mefisto», el poeta y humorista local por excelencia, de los que entresacamos el que decía: «A la sombra de unas acacias, se sienta la aristocracia». Tiempos felices que seguramente no volverán porque ahora privan más, visten mejor y cuestan más caras las tertulias en las terrazas de las cafeterías de moda, en torno a unos «martinis» con unos cacahuetes, de aquellos que vendía el tío Marianavis y la «señá» Cecilia, y que ahora han ascendido de categoría.

Julián Troncoso bajaba al Paseo, y digo bajaba porque vivía en la subida de Cuéllar, con Elena y los chicos; daba la primera vuelta en busca de amistades para formar el corro y en cuanto la familia quedaba acomodada venía en nuestra busca, seguro de encontrarnos arriba o abajo. Y nos encontraba y allí comenzaba el «farrabeo» del día. Aquello no le sentaba bien a Elena, que en más de una ocasión nos echó su poquillo de bronca, pero hay que reconocer que en ocasiones dábamos motivo más que sobrado para que su enfado fuera en serio, pues más de una vez tenía que irse sola a casa con los chicos y esperar allí pacientemente al esposo enfrascado en una interminable conversación futbolística. El fútbol ha ocasionado muchos trastornos familiares de esta naturaleza. Pero como todavía no se había dado, ni se ve manera de dar entrada a las mujeres en esto de la dirección de las cosas futbolísticas, era necesario transigir, bien seguras ellas de que el fútbol no era argumento de doble sentido para dejar de ir a cenar a casa o para salir después de haber cenado como otros consejos de administración. Y fue una lástima, porque mujeres como Elena, con su temple, con su simpatía pudieron haber revolucionado las cosas, evitando mucha palabrería y yendo directamente a lo práctico. Ella acabó haciéndonos el estimable servicio de

resignarse a que su marido interviniera activamente en las cosas del fútbol.

Julián fue un directivo formidable. Sabía asimilar los problemas y encontrar fórmulas concretas para su solución. Nos prestó excelentes servicios y voy a dejar constancia de algunas de ellas que reflejan perfectamente su dinamismo y su temperamento resolutivo.

Estábamos jugando en la Segunda División, dividida entonces en tres Grupos, que daban dos clasificados para una fase final, de la que salían los dos ascendentes. Habíamos jugado bien la primera fase y en nuestro Grupo habíamos quedado en cabeza con el Celta. Íbamos por lo tanto a la fase final, en la que por los otros Grupos participaban: el Arenas de Guecho, el Gerona, el Murcia y el Jerez. Comenzó la primera vuelta de esta fase con resultados no muy halagadores para nuestro equipo, en el que más que endeblez se acusaba el contagio moral del cansancio que se apoderaba de muchos de nosotros tras tantos años de intentos frustrados a última hora. Estamos por lo tanto a fines de la temporada 1935-36 y es entonces cuando se hace notar más la intervención acertada de Julián Troncoso que con su optimismo trata de reanimarnos a todos. Y lo consigue. Porque en la segunda vuelta de esta fase, el equipo se supera y nuestras esperanzas se despiertan de nuevo. En la última jornada tenemos que jugar en Torrero contra el Gerona, que si bien nos había ganado en su campo, era equipo muy inferior al nuestro. No era aventurado esperar que le ganásemos en Torrero. Con ello tendríamos logrado el ascenso, siempre y cuando en Murcia se diera un resultado normal entre el equipo titular y el Arenas. Y un resultado normal era que el Murcia ganase a los vizcaínos. De no ocurrir así, nuestro ascenso se esfumaba. Había por lo tanto necesidad de vigilar anticipadamente y hasta el último momento lo que pudiera ocurrir en Murcia. Ir Muniesa era demasiado significativo; lo mismo sería de ir yo, pero además yo estaba enfermo con una lesión de vesícula biliar y un agudo ataque de ictericia. No

faltaron ofrecimientos en aquellos momentos decisivos. Tuvimos el acierto de utilizar a Troncoso. Y allá fue un par de días antes del encuentro, desconociendo la población y a los elementos futbolísticos del Murcia. Pronto tuvimos sus noticias que nos aseguraban la tranquilidad de saber que el Murcia, que nada se jugaba en aquel último partido, no se prestaría a ninguna combinación que asegurase un resultado determinado, que no fuera el natural del choque deportivo en el terreno de juego. La gestión fue habilidosa y eficaz. El Murcia ganó al Arenas y como el Zaragoza venció rotundamente al Gerona en Torrero, por vez primera saboreamos la satisfacción del ascenso a Primera División. Y con ello se renovaron nuestros ánimos y nos propusimos prepararnos bien para afrontar la nueva situación con las máximas garantías de éxito. Verdaderamente teníamos motivos para sentirnos orgullosos pues al triunfo deportivo añadíamos el éxito económico que nos deparaba la tranquilidad de haber nivelado la situación, cancelando los créditos y liberándonos de toda clase de firmas y compromisos. Aquella satisfacción no duró mucho, pues pronto nos dimos cuenta de que en la junta general a que pensábamos acudir con proyectos concretos se nos esperaba para darnos la batalla. Omito volver sobre tan desagradable tema, del que me he ocupado en otros comentarios. La junta aludida fue bochornosa y aun cuando salimos triunfantes de ella, lo cierto es que nos invadió un hálito de escepticismo del que nos hicieron salir los ánimos de muchos, entre los que interesa señalar a Troncoso que se manifestó en todo momento resuelto, decidido y enérgico. Juntos él y yo, comenzamos, por encargo de la directiva, los preparativos de la temporada siguiente. Considerando necesario contratar los servicios de un buen entrenador, creímos que la máxima garantía de acierto estribaría en lograr el concurso de Ramón Encinas; y tras laboriosas gestiones lo conseguimos, en condiciones verdaderamente excepcionales por lo ventajosas para nosotros. No empezaba mal la cosa, pues el prestigio de Encinas era evidente. Había que reforzar el cuadro de jugadores. Julián, cuando estuvo en Murcia no perdió el tiempo

y gestionó el traspaso de dos excelentes jugadores: Bravo y Muñoz. Bravo era el que más tarde daría tono a la delantera del Barcelona. Muñoz era un excelente medio ala que por sus características de juego y por sus condiciones físicas prometía ser pronto una eficaz realidad de gran jugador. Convinimos en que ambos jugadores acompañados del secretario del Murcia viniesen a Zaragoza para ultimar los detalles del importante traspaso.

Pero en esto nos metemos en el mes de julio. Yo salgo para Roncal a fin de dejar allí a mi familia y al regreso marchar al Balneario de Vallfagana de Riu Carp (Tarragona) para hacer una cura de aguas. Al regreso a Zaragoza entre el 10 y el 12 de julio, trato de localizar a Troncoso para hablar de estos asuntos futbolísticos y dejar las cosas organizadas para lo que durara mi ausencia. También Julián estaba solo en Zaragoza, pues había mandado a Burguete, según costumbre, a su esposa y a los chicos. Nos veíamos en el café; el día 13 una noticia sembró el espanto en todos: había sido asesinado Calvo Sotelo. Vino tarde al café Julián y permaneció serio y silencioso. A la salida me cogió aparte y me pidió que le asegurara que suspendía mi viaje a Tarragona. No podía ser más explícito, pero me lo pidió con tal insistencia y con tal seguridad de que algo iba a pasar, que sometía la cuestión al conocimiento de mi hermano y resolvimos un aplazamiento que afortunadamente había de ser definitivo. Dos días más tarde fue Julián más explícito, dentro de nuestra confianza y ya tardamos unos días en vernos por causas que luego tuvieron su explicación.

Se produjo el Alzamiento nacional y el natural desconcierto de los primeros momentos, natural en población como la nuestra, que tanto hacía temer por la dificultad de saberse a ciencia cierta cuál iba a ser su definitiva reacción. Nerviosismo grande en todos hasta que la llegada de un Tercio de Requetés navarros traídos por Jesús Comín, inclinó la balanza en el sentido que muchos deseábamos. Entre tanto, el cuartel de

Castillejos se había convertido en el lugar de concentración de la Falange y de él salieron las primeras Banderas que se lanzaron entusiastas a los pueblos más importantes del cinturón estratégico de Zaragoza. Y con las primeras escaramuzas las primeras gloriosas bajas.

Una mañana nos llegó la noticia de que Troncoso había sido herido en un brazo y se hallaba en el Hospital Militar. Fuimos a verlo y allí lo encontramos con un brazo vendado. Afortunadamente cosa de poca importancia, para curar de la cual marchó a Burguete para tranquilizar a los suyos. Por vez primera no hablamos de fútbol y ya tardaríamos mucho en volver a hablar.

Entrado el mes de agosto y con los permisos correspondientes de las autoridades militares me fui a Roncal para tomarme el necesario descanso que había de haber encontrado en Tarragona y que de haber ido habría sido «descanso eterno». Dejo para otra ocasión el relato de mis peripecias anteriores a este viaje y me ciño al asunto de este comentario. De paso por Pamplona, extasiado en la contemplación del maravilloso patriotismo que se respiraba, me hallaba absorto viendo desfilar caravanas interminables de voluntarios, cuando oigo que me llaman desde un balcón. Alzo los ojos y veo un señor apoyado en unas muletas. Era Julián Troncoso. Me invita a subir y me lo encuentro con una pierna escayolada y con dos muletas para ayudarse a poder andar. Lo dejé herido en un brazo y me lo encuentro cojo. ¿Qué ha pasado? Estaba en Burguete con su familia cuando la herida del brazo… Allí, por la proximidad a la frontera eran necesarios los servicios de todos a fin de establecer el elemental servicio de vigilancia más severo por las noches. Julián, en cuanto pudo, tomó parte en dichos servicios y una noche, en una refriega, un tiro en la pierna, el enyesado y las muletas. Y durante muchos meses una acentuada cojera. A las órdenes inmediatas del general Mola y en vísperas del avance sobre Irún, fue designado para hacerse cargo de la Comandancia Militar irunesa y de la

Jefatura de Fronteras. La conversación de Pamplona sería la última por mucho tiempo; cerca de un año tardaríamos en volver a vernos.

Pero entre tanto no dejaríamos de estar en comunicación, pues complicaciones futbolísticas lo exigían.

A los dos o tres días de producirse el Alzamiento tuvimos noticia de que en el Hotel «El Sol» había unos viajeros que deseaban vernos. ¿Qué podía ser aquello? No estaban las cosas como para meterse en complicaciones y lo cierto es que no hicimos mucho caso del aviso; hasta que una mañana nos avisó Luis Ferrer que se le habían presentado los jugadores Bravo y Muñoz, acompañados del secretario del Murcia, llegados a Zaragoza en la última combinación ferroviaria. ¿Y ahora qué hacemos con estos señores que en Zaragoza no tienen a quien acudir sino a nosotros, que no nos sirven para nada y que no pueden regresar a su pueblo de origen, pues mientras Zaragoza está en la Zona Nacional, Murcia está en la roja? ¡Vaya conflicto! Sacudirse las moscas no es solución, porque aquellos hombres no tienen dinero para pagar el hotel y necesitan comer. Además les hemos llamado nosotros…. y Julián que no está en Zaragoza. No hay más remedio que pagar el hotel y buscarles hospedaje más económico pues lo que acababa de comenzar no se sabe lo que durará. Y lo que sí se sabe es que aquel viaje tan inoportuno caerá sobre nuestras espaldas. En cuanto Troncoso fija su residencia en Irún como jefe de aquella Comandancia, es enterado de lo que ocurre y naturalmente se resuelve el asunto por el único camino a seguir: imposibilidad de adquirir compromiso alguno dadas las circunstancias y prestación del posible apoyo para resolver la situación personal de los jugadores: Julián se ocupa de mandar a Ceuta a Bravo, que es de allí. Muñoz se quedará en Irún y allí cumplirá su servicio de armas, pues ambos están en edad militar. A Bravo le perderemos para siempre porque cuando vuelva la paz se enrolará en el Barcelona. Muñoz irá al Zaragoza, pero en los tres años pasados en Irún se habrá

perdido mucho en orden a la calidad del jugador porque éste, fuera de su casa, en tiempo de guerra y con una gran simpatía personal, hará muchos amigos y le quedaría poco tiempo para cuidarse debidamente. En cuanto al secretario técnico del Murcia ignoro la suerte que corrió, aunque no creo que fuera muy buena. Esto lo sabrán Labarta, Luis Ferrer y Lucas Martínez que fueron su paño de lágrimas.

Julián Troncoso, en la Comandancia de Irún, da muestras de su capacidad organizadora, de su don de gentes y de su dinamismo. Aquello es un auténtico Ministerio por el que pasan los más diversos asuntos y los personajes más variados. Hizo, con tal motivo, amistades de toda clase en las que siempre había un fundamento de gratitud por los innumerables servicios prestados. Pero a la vez que se consolidaba su prestigio de político enérgico y hábil y su hombría de bien, se perfilaban muchas envidias mal disimuladas y muchos recelos de aquella personalidad creciente.

En el mes de mayo de 1937 se hallaba España virtualmente dividida en dos zonas que llegaron a estabilizarse por obra y gracia del refuerzo que los rojos recibieron con las brigadas internacionales y por la directa intervención de Rusia, que prácticamente era quien mandaba en la Zona Roja a cambio de su apoyo material. En nuestra Zona Nacional era evidente que se disfrutaba de una paz absoluta y que fuera de los frentes de combate, en Galicia, en Salamanca, en Valladolid, en León, en Navarra, en Guipúzcoa, en Logroño, en Zaragoza, en Extremadura, en Sevilla, en Málaga, en Huelva, en Granada, etc. se vivía una vida normal y apacible, naturalmente enturbiada por los reflejos de la lucha, pero nunca preocupada por el rumbo del definitivo deslinde de la guerra. Una amplia y organizada retaguardia exigía volver a ocuparse de todos los aspectos de la normalidad, para solaz y esparcimiento de las poblaciones civiles y para la exterior demostración de una normalidad basada en la unificación de ideales, de esfuerzos.

Fue entonces cuando por sugerencias superiores los elementos

futbolísticos enclavados en la Zona Nacional resolvieron reunirse en San Sebastián para tratar de reorganizar en la España de Franco lo que había quedado abroquelado en Madrid. Y se celebró una Asamblea en la capital guipuzcoana con representación de todos los clubs federados y liberados. No estuvo, naturalmente, el Comité de la Federación Española, que radicaba en Madrid. No asistió el Barcelona; no estuvo el Madrid, pero allí estaban Parajes y Bernabéu, que eran bien representativos. No asistió el Athletic de Madrid pero allí estaban entre otros Cesáreo Galíndez. No asistió el Español, pero allí estaban los hermanos Santiago, Genaro y José de la Riva. No asistieron los bilbaínos, pero poco tardarían en hacerlo. Acudieron todos los demás y entre ellos quiero consignar al inolvidable Juanito López García que representaba, como es tradicional, al Sevilla. El objeto de la reunión era constituir la Federación Española de la Zona Nacional. Y así se hizo. Felipe Lorente Laventana representó al Zaragoza y tuvo el acierto de destacar la personalidad futbolística de Julián Troncoso y el relieve de su cargo de Comandante Militar de Irún y puesto que se acordaba que fuera San Sebastián el punto de residencia de la nueva organización, propuso el nombre de Julián para la presidencia. Unánimemente se aprobó la sugerencia y así tuvimos el honor de que el Zaragoza viera elevado al supremo cargo futbolístico a uno de los suyos.

Pocos días después trasladaba yo mi residencia a Irún para quedar al frente de un pequeño negocio industrial que montó Felipe Lorente y que era la justificación de nuestra permanencia cerca de Julián, que nos utilizó en infinidad de servicios oficiosos de la gestión ímproba que tenía a su cargo. Naturalmente me convertí en el acto en su enlace cerca de los demás miembros de la Federación para los asuntos del fútbol.

Se reorganizó la Federación Guipuzcoana en cuyos locales tuvo su domicilio la Española. Se reorganizó el Irún; se liberó el

campo de Gal, que estaba requisado por la autoridad militar. Infinidad de antiguas personalidades futbolísticas apartadas de toda actividad hacía muchos años aceptaron los cargos directivos para los que eran nombrados. Y en San Sebastián y en Irún se volvió a respirar un ambiente deportivo inusitado. Hubo sugerencias para la celebración de un partido amistoso con Portugal. Y se puso mano a la tarea. Se hizo en Irún una concentración de jugadores designados por Amadeo García Salazar, como seleccionador nacional. Al frente de la concentración se trajo a Irún a Ramón Encinas, que cuidaba de los entrenamientos y allí estaba yo en plena danza para supervisar aquello y cuidar del aspecto material de la concentración. Diariamente daba yo cuenta a Julián de las actividades realizadas y recibía órdenes. Como la nueva y flamante Federación no disponía de medios económicos hubo necesidad de arbitrarlos y para ello y a base de los jugadores concentrados se organizaron varios partidos en diversas poblaciones que servían de entrenamiento y de recaudación de fondos.

Coincidió con todo ello la aparición en la frontera de Juan Antonio Sánchez Ocaña, que era segundo secretario de la Nacional, que había salido de Madrid por la embajada de Polonia y que fue evacuado a Varsovia desde la que se trasladó a Irún. Tan pronto como se repuso del viaje estimé que era necesario presentárselo a Troncoso para que se hiciera cargo de la secretaría de la Nacional, cargo que quería que yo desempeñara, en lo que me opuse por estimar que era lo correcto espera sin precipitarse. Y Sánchez Ocaña tomó posesión de su cargo y comenzó a actuar.

Entre tanto, el equipo vasco, patrocinado por Madrid y Bilbao se hallaba actuando por diversos países y tenía el propósito de trasladarse a Rusia para jugar allí. Aquello había que tratar de impedirlo. De una parte, por interés general; de otra porque muchos familiares de jugadores pedían insistentemente que se les repatriara. Julián nos llamó un día

a José Luis Isasi y a mí y nos confió la misión de ir a París, donde estaba el citado equipo y traernos a cuantos jugadores lo desearan. Fuimos a París; allí no estaba el equipo. Llamamos al centro vasco en París diciendo que éramos el Racing parisién y que deseábamos concertar unos partidos. Así pudimos saber que estaban recluidos en un pueblecito cercano a Fontainebleau. Isasi salió disparado en un taxi, mientras yo me quedaba en París a la espera. No debíamos ir los dos por no llamar tanto la atención y por no ocupar mucho sitio en el coche, ya que esperábamos que fueran varios los que aceptaran nuestra invitación a venir. Unas horas de intranquilidad y aparece Isasi con Gorostiza, que viene en mangas de camisa y con alpargatas. El equipo no estaba en el pueblo por haber salido de excursión, a la que no fue Gorostiza por hallarse indispuesto. Al encontrarse con Isasi subió al coche tal y como estaba y se vino a París para hablar. Conocimos la situación de ánimo de los jugadores. Entre ellos y al frente de la expedición había quienes por su significación política no podían regresar a España en aquellos momentos. Los que por no estar comprometidos querían volver a sus casas ya liberadas no se atrevían a hacerlo porque aquello significaría deshacer la expedición futbolística y dejar a unos cuantos abandonados a su suerte. Se explotaba un falso compañerismo que podía ser fatal para todos. Dimos a Gorostiza instrucciones para sus compañeros: los que quisieran venir entrarían en España con nosotros; quienes no estuvieran resueltos a hacerlo en el momento podían pensarlo y venir a Hendaya, mandándome recado a mí a Irún, para que pasara a buscarlos. Nosotros no podíamos permanecer en París porque se había descubierto nuestra estancia y era peligroso para el éxito que buscábamos. Gorostiza recogió su equipaje y volvió en el mismo coche a París. Pudo hablar con algunos de sus compañeros y de momento nadie más que el masajista Birichinaga estaba dispuesto a venir. Quedamos que Isasi quedara en espera de éste y yo con Gorostiza vine en el primer tren para Hendaya. Cuando pasamos el puente internacional Gorostiza, visiblemente emocionado y agradecido, me abrazó fuertemente. Al día siguiente vino Isasi

con Birichinaga. Los demás, nada. Dimos cuenta a Julián de nuestra gestión y en el afán de dar una nueva oportunidad a quienes iban forzados en la expedición, se acordó, con arreglo a nuestro informe verbal, repetir el viaje y la gestión pero esta vez acompañados de Gorostiza, para que vieran que se podía entrar y salir en nuestra Zona y que nuestra invitación no era un cebo para cazarlos; de Santiago de la Riva para que su personalidad fuese una garantía; y de René Petit para que tuvieran la certeza de que la gestión era sincera. En París se nos unió el ex jugador Anatol. Tuvimos la suerte de entrar en el tren de Hendaya con Luis Regueiro que iba a Bayona. Se habló con él de nuestro proyecto y se recabó su ayuda. Comprendió nuestro proyecto para ayudarnos ya que al día siguiente pensaba estar en París; pero insistió en el argumento ya conocido. Con los que iban en la expedición se podían jugar partidos y sacar algún dinero para ir viviendo. Alguno vendría a España por su deseo, pero ello equivalía a deshacer el medio de vida y a dejar en malísima situación a los que no podían intentar venir. Regueiro estuvo razonable y muy bien dispuesto. Regueiro hubiera aceptado para él y para su hermano la invitación nuestra; pero… Yo me atrevía a decirle que lo pensaran y que si se les hacía fuerte el tener que entrar por Irún, su pueblo, en nombre del presidente de la Federación les ofrecí la entrada por cualquiera de las otras fronteras viables.

Las gestiones de París no dieron resultado inmediato. René y Anatol fueron actores de una escena violenta con los jugadores vascos que se oponían a la merma del grupo. Se convencieron de que los dispuestos a venir cedían a los requerimientos y lamentaciones de los que habían de quedarse (no porque no quisiéramos traerlos, sino el conocimiento de sus propias culpas) y dieron por terminada la tentativa no sin antes reiterar que si alguno lo pensaba mejor podía dejar aviso a mi nombre en Hendaya. Y volvimos de París sin lograr nada en limpio.

Algunos días más tarde, estando yo en la romería de Guadalupe, en Fuenterrabía, recibí aviso de que en Hendaya estaban algunos jugadores vascos. Inmediatamente pasé el puente y me dispuse a localizarlos. No encontré más que a Roberto Echevarría y a Muguerza. Estaban con otros vascos exiliados en Hendaya. Me dejé ver y me saludaron, pero sin decirme nada más que el saludo. Comprendí que no me habían mandado aviso y que su estancia allí obedecía a otras razones. Pero también creí que su actitud pudiera obedecer a la circunstancia de encontrarlos con amigos exilados. Me hice nuevamente el encontradizo y me paré a hablar con Muguerza. Me dijo que había venido a hablar con sus hermanos, que vivían en Hendaya, y que Roberto le había acompañado para asegurarse de si podía o no pasar a España. Decidí incorporarme al grupo y hablar lealmente. Expuse nuestro punto de vista. Los hermanos de Muguerza expusieron los suyos respecto a su hermano. Y todos coincidimos en que Roberto podía hacer lo que quisiera. Les dejé solos para que deliberaran y les anuncié que hasta momentos antes de las nueve de la noche estaría en la terraza de un café próximo al puente, por si querían venir conmigo. En efecto, aparecieron los dos: Roberto con su maleta, Muguerza sin nada. Venía a acompañar a Roberto y a darme las gracias. Había decidido seguir la suerte de sus hermanos, se quedaba con ellos. Le deseé acierto en la elección y me quedé con Roberto dispuesto a pasar a Irún. Le pregunté qué dinero tenía, a efectos de Aduana y me dijo que los francos que poseía los había cambiado por moneda española. Pedí verlos, pues tuve una sospecha que confirmé; le habían dado billetes españoles de los que no valían. Le hice que fuera a deshacer el engaño. Lo hizo pronto y cambiados en buena ley emprendimos el camino de España. Pocos metros pero horribles para Roberto a quien el miedo no dejaba andar; tuve que cargar con la maleta, que pesaba lo suyo. No he visto un hombre más aterrorizado por los cuentos que le habían contado. En Hendaya pretendió llamar a su mujer por teléfono a Éibar, cosa que, naturalmente, no era posible. Pero le prometí que llamaríamos desde Irún. Yo le animaba con el recuerdo de esa llamada que

era ya inminente; pero no había forma de tranquilizarle. También en la Aduana le animaron y le hablaron afectuosamente. Como si no. Fuimos al hotel en donde yo me hospedaba. Nadie le molestó para nada. Habló con su mujer; se quedó más contento. Pero ni probó bocado en la cena, ni pudo dormir de pensar que a la mañana siguiente teníamos que ir a la Comandancia Militar.

Nos recibió Julián; le hizo algunas preguntas y como le viera tan nervioso le lanzó una filípica que le acabó de descomponer, a pesar de que Julián, cambiando el tono, le animó con amistosas palabras. Prometió firmar el salvoconducto para que pudiera ir a Éibar y el certificado de depuración para que nadie le molestara. Y se fue y yo ya no volví a saber nada de él hasta que leí en la Prensa que estaba gravemente enfermo. Parece ser que unas fiebres se apoderaron de él; pero yo sabía que todo era consecuencia del mal trago de su entrada en España por creer que aquí nos comíamos crudos a los que entraban en nuestra Zona. Y así acabó el intento de traída del equipo vasco.

Julián Troncoso entre tanto seguía su labor inconmensurable al frente de la Comandancia; era indiscutiblemente un personaje y su trabajo de indudable beneficio para la Causa. Burgos descansaba en él no sin fundamento. Todavía habría sido más eficaz su labor de haber tenido la suerte de rodearse de mejores colaboradores. Pero tuvo la debilidad de aguantar a su lado muchos enchufados y arribistas que trabajaron *pro domo sua* y que cuando cambiaron las tornas le volvieron la espalda con muy poca elegancia. La captura del avión que llevaba las joyas de la Virgen de Begoña; el apresamiento de petroleros cargados de gasolina; lo de los submarinos; la liberación de Santander, cuyas gestiones y conclusión conocí horas antes del parte oficial, y tantas y tantas otras cosas jalonan una actuación positiva y eficaz. Y no hablemos de su lealtad y compañerismo. Muchos eran los participantes en la acción de Burdeos relativa al submarino célebre. Julián no tenía por qué

comprometerse personalmente; con llevar la dirección del asunto era suficiente. Pero comprendió que había peligro y quiso dar ejemplo llevando parte activa en el mismo. Hubo un muerto en la refriega y aquello le afectó mucho. Como al regresar a Irún, profundamente afectado, se enterara de que había algunos detenidos, entre ellos Manolo Arandain, tuvo el arranque de pasar el puente para gestionar la libertad. Y cayó en el lazo que le hablan tendido y preso quedó de las autoridades francesas en las que tanto confiaba por su amistad y por su simpatía. Pero eran órdenes superiores. Los rojos españoles de París no podían soportar que desde Irún, y merced a una intensa red de espionaje, se torpedearan todos sus proyectos. Se fijaron en Troncoso y pidieron que se le pusiera a buen recaudo. Y preso estuvo en Brest algunos meses; y se le sometió a un espectacular proceso del que pudo salir libre porque ningún cargo concreto le pudo ser achacado.

Cuando regresó a Irún se le hizo un recibimiento popular apoteósico; pero oficialmente se le recibió con el frío protocolario de quienes han aprovechado la ausencia para medrar. Julián hacía tiempo que habla sido sustituido en la Comandancia Militar. Y Elena volvió a quedarse sola con sus chicos, que ya eran muy mayores y seguían siendo iguales. No se quedó tan sola como la otra vez porque aún estaba muy reciente la época de mando y se suponía próxima una libertad cuyas consecuencias se desconocían. Había que nadar y guardar la ropa.

En la Federación de Fútbol se le esperó y como presidente de ella pudo asistir a la final de un Campeonato, que se había jugado por diversos equipos, que se celebró en Barcelona, que dio Campeón al Sevilla y que fue un modelo de organización en la que no tomaron parte ninguno de los innumerables señores que ya habían comenzado a sentir inquietudes por los cargos de la organización futbolística. Por esa apariencia y por el desinterés de los verdaderos promotores de esa organización general han pasado luego muchas de las cosas que han pasado.

Julián ha pedido ir al frente, pero no a un puesto cómodo. Y le mandan a Tremp. Son los coletazos del estertor del Ejército Rojo; son los momentos decisivos en los que es muy difícil obtener éxitos aparatosos. Julián soporta lo que le viene encima y convencido de que los envidiosos de su nombre actúan hasta con descaro, acepta el momentáneo eclipse de su buena estrella y se contenta y mucho con saborear el definitivo triunfo de la Causa Nacional, que ya se vislumbraba y que es cuestión de días.

Y cuando éste llega, se instala en Madrid y considera que ha llegado el momento de consagrarse con presencia a los suyos. Aquellos chicos, Enrique y Carlos son ya unos hombres; hay que pensar en sus carreras y en su orientación. Y Julián, que ha sorteado sin envanecimiento el rodar favorable de su suerte, no va a amilanarse porque haya deserciones en sus anteriores amistades, o porque la envidia quiere cebarse en él o porque la intriga pretende desposeerle de lo que aún tiene. En Madrid se hace cargo de la Nacional de Fútbol y en toda su integridad y buena fe no le permite sospechar que entre bastidores se fragua algo contra él. ¿Quién fue Judas? Allá cada cual con su conciencia. Pero un día apareció una disposición decretando el cese de Julián como presidente y nombrando a otro en su lugar. Quienes movieron aquel tinglado dieron una puñalada por la espalda a la Federación Española haciéndole perder su autonomía, porque ya desde entonces se gobernó por decreto. Y no digo que esto fuera peor o mejor que lo anterior; no digo sino que aquello fue el comienzo de todo lo que después vino. A Julián lo elegimos nosotros y ya no hemos vuelto a elegir a nadie. Y posiblemente habrá sido mejor, pero perdimos ese derecho. Y esto es todo el comentario.

¿Le importó aquello mucho a Julián? Creo sinceramente que no. Le dolería, seguramente. Y más al considerar que de esta manera solapada se correspondía a su desinterés y a su espíritu de servicio. Pero poco conocían a Julián quienes le consideren sensible a la pérdida de las cosas honoríficas

hasta el extremo de tomarse un desquite. La vida lo ha baqueteado bien y le ha enseñado mucho. Entre otras cosas le ha enseñado a ser práctico, a ser constante para el trabajo y a mirar por los suyos en la seguridad de que de los demás poco debe esperar.

Se orientó hacia los negocios. Cuando en estos adquirió el dominio y la estabilidad que aconsejaban su recto criterio de no salirse de lo correcto, no vaciló en dejar a un lado su carrera militar, por la que tuvo verdadera vocación. No sé si todavía atenderá una clase de educación física que durante muchos años ha venido dando en un colegio de los P.P. Jesuitas y que ha sido el exponente de su constancia y de sus aficiones, pues ni la hora de la clase, ni su compensación económica compensaban de un esfuerzo diario, que más nos habla de una inclinación natural y de un imponerse una disciplina voluntaria.

Julián ha vivido y vive feliz por su identificación absoluta con Elena y por el afán que a ambos ha guiado de sacar adelante a sus hijos. Y esa felicidad es mayor al observar el fruto de sus desvelos, pues Enrique y Carlos son ejemplares, tanto por su inteligencia, por su amor al estudio y por su espíritu de emulación, cuanto por su entrega total al cariño de sus padres. Ambos han hecho sus carreras brillantísimamente y ambos han logrado por su propio esfuerzo situarse bien y labrarse un porvenir en sus respectivas especialidades. Enrique es abogado; pero además entró por oposición en el Cuerpo Auxiliar de Marina, realizó sus estudios en Marín y no sólo tiene asegurado el día de mañana, sino que dedica todos sus ratos libres en la práctica de la abogacía. Su hermano Carlos es médico. Un experto cirujano, lleno de vocación y de ansias de trabajar. Es por oposición médico del Arma de Aviación y en los Hospitales, en las clínicas y en la atención constante de sus enfermos va labrando su porvenir. Su madre no los ha dejado de la mano un instante y ha sabido moldearlos cristianamente, con espíritu de modestia para con los demás,

pero a la vez con ambicionada ilusión de conseguir para sí mismos lo mejor, siempre a base de sus propios merecimientos. Elena que lleva tantos años no separándose de sus hijos, a los que ha estado consagrada por completo, tiene el santo temor de que un día le vuelen en pos del matrimonio; no se opone a que cuando hayan de resolver den con lo más acertado y conveniente.

Y yo tengo el convencimiento de que Elena y Julián serán aún más felices cuando contemplen la felicidad de sus hijos, porque han puesto de su parte para lograrlo cuanto estaba a su alcance y porque lo merecen, en una palabra.

Hace tiempo que he perdido el contacto con Julián y no por mi culpa. Veo a sus hijos por ahí; sigo sin saber con exactitud quién es Enrique y quién es Carlos, como no vayan de uniforme. Les pregunto por sus padres y esto es todo. Pero no importa. Yo he sido un incondicional, un leal amigo de Julián y lo sigo siendo y lo seguiré porque así respondo a mi manera de ser y de sentir y porque estoy para siempre agradecido a las muchas atenciones con que inmerecidamente me ha honrado y a las que no puedo corresponder de otra manera que con mi invariable afecto.

Y ahora, para final, puedo decir que ha sido para mí muy grato el tiempo dedicado a la redacción, un poco deshilvanada de estos recuerdos. Tal vez podía haber dicho otras muchas cosas; desde luego mejor dichas; pero creo haber hecho una síntesis de lo que Julián Troncoso es, en su personalidad, de lo que ha significado para nuestro fútbol y para todos nosotros. Y si he logrado dejar constancia un poco aproximada a la realidad, me consideraré feliz, aunque reconozco que mi intención y mi buen deseo no han corrido parejas con la realidad del acierto. Pero esto sí que sería culpa mía.

José María Gayarre

Madrid, agosto de 1952

Gayarre. Memorias transcritas (II). Memoria sobre José María Muniesa Belenguer

Memoria sobre José María Muniesa Belenguer

En esta tarea que me he impuesto de reflejar mis impresiones relativas a las más destacadas personas que con su intervención directa contribuyeron al encauzamiento y arraigo de nuestro fútbol, me enfrento ahora con el capítulo más difícil. Y la dificultad no radica en justipreciar la incalculable aportación de quien, para mí, es la figura señera de cuanto en Aragón se ha hecho futbolísticamente; de esto me siento con fuerzas para salir airoso, porque me bastará con ser sincero. La dificultad la encuentro, a los quince años de su muerte, en saber contener mis impulsos para enjuiciar una desgracia que aún no he acabado de comprender y que nunca sabré justificar. Sería muy cómodo prescindir de toda alusión a este extremo; pero ello restaría a mi enjuiciamiento la sinceridad debida y convertiría este comentario en una necrología piadosa, poco en consonancia con la justicia debida a este buen amigo. ¡Que Dios me ayude a reflejar en estas emocionadas impresiones retrospectivas mis hondos sentimientos de toda clase!

Muniesa era, poco más o menos de mi edad. Coincidimos en las aulas de la Facultad al comienzo de nuestros estudios. Yo andaba matriculado en Ciencias Químicas y no puede decirse que estudiaba, porque la verdad es que en el estudio ponía poco interés y poca constancia. Él en cambio estudiaba Medicina y la estudiaba con vocación. Nos conocimos, pero nos hablamos muy poco y, desde luego, no hicimos amistad. Pasaron los años

y cuando volví a entroncar con Muniesa, fue a través del Gimnasio de Pérez Larraza y por nuestra común amistad con éste, Muniesa era ya un señor médico dedicado a la especialidad de los Análisis Clínicos y establecido con su hermano Augusto en dos pisos de una casa de la plaza del Pueblo. Allí tenían establecido su laboratorio y allí vivían, bajo la vigilancia y atención de una vieja muchacha, su vida de solteros.

Muniesa, entre otras características que irán quedando reflejadas, poseía un dinamismo enorme que precisaba válvulas apropiadas de expansión. Julio Pérez Larraza fue el causante de que Muniesa prestara atención al fútbol a través del ambicioso programa de aquella Asociación Aragonesa de Cultura Física, que vino a encauzar la labor que muchos estábamos realizando desde años atrás y que con la incorporación del grupo de médicos y de amigos que en el gimnasio de D. Felipe o en la tertulia del Casino Mercantil, se reunían a torno a Pérez Larraza, tuvo concreción definitiva porque con seriedad, con energía y hasta con audacia supo imponerse a las banderías existentes, tan difíciles de gobernar. Muniesa no era aficionado al fútbol; estaba convencido de la necesidad de una campaña en pro de la cultura física y precisamente sus conocimientos médicos le inducían a mirar con simpatía cuanto con estas materias se relacionaban; pero estoy por afirmar que sus convencimientos eran más doctrinales que prácticos y que ni él mismo tuvo en ningún momento anterior a la Asociación Aragonesa, idea del papel que había de llegar a desempeñar.

Entró a formar parte de esta entidad un poco a remolque; pero yo comprendí pronto sus condiciones de organizador fecundo y me dediqué con interés a cultivar su amistad, haciéndole partícipe de mis inquietudes, de mis planes y de las dificultades a salvar; se puso pronto de mi lado. Cuanto más le hacía yo confidente de mis proyectos, cuanto más sometía a su consulta las incidencias de la organización de aquella Asociación Aragonesa de Cultura Física, mejor observaba las

aptitudes que poseía para ser el motor de propulsión que necesitábamos. Al principio aceptó funciones organizadoras de carácter general, pero no se sintió atraído concretamente por nada relacionado con el fútbol, cosa que todos dejaron en mis manos, con la directa colaboración de Carlos Portolés, de Aizpunza (?) y de Jorge Sánchez.

Paso por alto el detallar la fructífera labor llevada a cabo en poco tiempo por aquella entidad a la que se debe el arraigo de toda la tarea deportiva, luego tan sazonada. De ella salieron muchas realidades prácticas, pero aquí sólo nos interesa dejar constancia de que con el arriendo y acondicionamiento del Campo de la Hípica se le dio al fútbol un impulso enorme; los clubs adquirieron pujanza y lograron vida propia, independizándose pronto de nuestra tutela. Fue aquello un ensayo anticipado de política dirigida, en tiempos en que parecía un sarcasmo hablar de ello; y fue un éxito rotundo el obtenido, porque de allí salió, ya definitivamente consolidada, la Federación Aragonesa de Clubs de Fútbol, de la que yo fui su primer presidente, pero justo será decir que quien logró su reconocimiento en Madrid fue Muniesa.

Lo único que puede echársele en cara a dicha Asociación es su extraordinaria buena fe, que le llevó a desaparecer sin gran pena ni gloria cuando vio en marcha muchos de sus proyectos iniciales; aquella buena fe que ha permitido que ni en su desaparición ni posteriormente haya habido nadie que haya proclamado su reconocimiento a los servicios prestados. Por eso yo aprovecho todas las oportunidades que se me presentan para proclamar los merecimientos de aquella entidad y de los hombres que la integraron; porque gracias a ella ha sido posible llegar a lo actual, en todos los sentidos deportivos. Aquella elegancia en desaparecer calladamente cuando se vio realizado en buena parte su programa fundacional, no ha sido debidamente apreciada; su permanencia habría parecido abusiva, seguramente a los mismos que ahora observan la existencia de un Consejo Nacional de Deportes que vigila y controla todas

las actividades deportivas, muchas de las cuales tienen ya una antiquísima mayoría de edad, avalada por un prestigioso historial de reciedumbre en el éxito. Permítasenos la satisfacción íntima de habernos anticipado en treinta años a lo que se presenta como una conquista de los tiempos actuales y de las nuevas generaciones. No hay nada nuevo debajo del sol.

Muniesa fue a los primeros partidos de fútbol en la Hípica. Allí comprobó sobre el terreno, todo el dramatismo de mis luchas y todos los personalismos puestos en danza. Y en lugar de reaccionar evadiéndose, se sintió impulsado en mi ayuda. Y esto le perdió, en el sentido de que le atrajo de tal manera el ambiente que ya no supo salir de él; mejor será decir que ya no quiso salir de él, antes al contrario, contagió a otros y los atrajo a la lucha; y en primera línea estaba al morir; y en primera línea hubiera seguido si la muerte no nos lo lleva.

Fue de los primeros, entre los llegados al fútbol en aquellos momentos, en tomar partido. Su manera de ser no le permitía permanecer, ni en apariencia, en aquel estado de neutralidad en que otros nos colocábamos. Se hizo del Iberia por la amistad de Antonio Sánchez, con mi hermano y conmigo; pero se hizo a cara descubierta y con todo el impulso de su dinamismo y de su vocación dirigente hasta entonces oculta.

Cuando estuvo en sazón la organización de la Federación Aragonesa de Fútbol, tomó a su cargo el gestionar en Madrid la aprobación de la misma y cuando tras laboriosos trabajos lo hubo conseguido, ya se había envenenado de tal suerte que fue de los primeros en estimar que no merecía la pena malgastar energías en una tarea tan amplia y diluida como la de la Asociación y que lo práctico e inmediato era encauzar todos los posibles esfuerzos en incrementar la potencialidad de un club que en su día absorbiera todas las manifestaciones deportivas; vio claramente que el espectáculo del fútbol había de arraigar y que en acelerar el arraigo estribaba la más adecuada política a seguir, aprovechando todas las ventajas

que el fútbol ofrecía, incluso con sus personalismos y con sus divergencias, que había que estimular fomentando el afán de emulación y de competencia. Es decir que para Muniesa no eran un peligro las rivalidades, sino que estimó que era conveniente provocarlas y animarlas; no le preocupaba la posible lucha y la conceptuaba necesaria y a ella quería ir seguro de que con la reacción así producida se conseguiría en poco tiempo lo que en tantos años de intentos suavizadores no se había logrado. Yo no niego que aquellas ideas suyas me parecían no sólo audaces sino peligrosas. Mi tendencia a la moderación, a la transigencia, al convencimiento, no había dado, en realidad muchos frutos, pero a mí me parecía la más adecuada; pero, además, me asustaba la lucha abierta. Tuve momentos de vacilación. Pero con Muniesa no valían términos medios; y como por otra parte su simpatía personal atraía y sus argumentos siempre acompañados de la acción, eran convincentes, una de dos, o se estaba con él íntegramente o había que ponerse enfrente. Y yo me puse a su lado sin condiciones por estimar que sus actividades habían de ser provechosas para el fútbol aragonés y por estar convencido de que le adornaban las mejores condiciones para ser el caudillo de una gran masa de aficionados, lleno de ideas nuevas y libre de los prejuicios que consigo llevábamos los que ya habíamos actuado en los años anteriores.

Un año estuve en la presidencia de la Federación por la que tanto había luchado; y durante ese tiempo adquirí el convencimiento de que no me atraía el género de política que allí se pretendía hacer. Y preparé las cosas de forma que fuera posible mi sustitución por Muniesa. Al lograrlo obtuve el mayor éxito de mis cuarenta años de actividad futbolística porque aquello fue el definitivo paso para la incorporación valiosa de Muniesa al fútbol y la iniciación de la época más brillante de nuestras actuaciones.

El Stadium, con Asirón al frente, ya se había emancipado del campo de la Hípica, tomando en arriendo unos terrenos en el

Arrabal y acondicionándolos para la práctica del fútbol. Aquello produjo en los del Iberia una mal disimulada impresión. Estábamos celebrando el primer campeonato controlado por la Federación, aún no aprobada oficialmente, y ya se inauguró el terreno del Arrabal con uno de los partidos de aquel campeonato. Por cierto, que la víspera de la inauguración tuvimos que estar hasta muy de noche arrimando todos el hombro para acabar el vallado de alambre de espino y proceder al marcaje del campo. Se bendijo el nuevo campo que tenía una perspectiva muy bonita con la silueta del Pilar por fondo y fue madrina del acto la entonces señorita Paquita Fraile, de la que Asirón decía estar enamorado, aunque, a decir verdad, sin ningún síntoma de correspondencia, porque nunca hizo otra cosa que entregarle en aquel acto un ramo de flores y porque el pobre Fermín Asirón no era más que un soñador sin apariencias de galán de la pantalla. Nunca supimos cómo pudo lograr aquellos terrenos; pero si desde los tiempos de la Gimnástica no había hecho otra cosa que darnos guerra, llevando siempre la contraria, desde que tuvo el campo del Arrabal se puso insoportable. Muniesa no le concedió beligerancia; diagnosticó, al conocerle, que era un enfermo, amargado por su enfermedad, y pronosticó que los quebraderos de cabeza que habían de producirle la fantasía de aquel campo acabarían con él. Y así fue, pues aquella poco meditada aventura estuvo a punto de acabar muy mal a no haber sido porque Emilio Ara y otros amigos suyos se hicieron cargo del club levantándolo a sus expensas e inyectándole la nueva savia que necesitaba para su supervivencia. Asirón fue eliminado y tras una desaparición prolongada tuvimos un día noticia de que había fallecido en Lecumberri (Navarra), víctima de la traidora enfermedad que venía consumiéndole en silencio.

En el campo de la Hípica se realizaba entre tanto una labor concienzuda y eficaz. Aparte las numerosas competiciones organizadas a las que servía de escenario, por ser el campo de todos, se dio allí un partido amistoso con el Español de Barcelona, en cuyas filas actuaba Zamora, que por vez primera

pudo ser admirado en Zaragoza, actuando en aquel partido como portero… del Iberia. Y durante las fiestas del Pilar de aquel año se celebraron dos partidos entre el F.C. Barcelona y el Real Madrid, en cuyos equipos actuaron figuras del relieve de Alcántara, Samitier, Piera, Bernabéu, etc. Como colofón de estos partidos, a los que ya acudió un público numeroso, se celebró un banquete en el Casino Mercantil que presidieron las primeras autoridades locales y en el que intervino elocuentemente, en nombre del Barcelona D. Ricardo Cabot, destacada figura del fútbol catalán, que más adelante había de ser factótum del fútbol nacional. Aquellos actos extraordinarios

[Falta el folio 14. Sigue el 15]

aquella dinámica resolución que ponía en todas sus cosas. Infiesta comprendió pronto que lo que se precisaba era dar cauce a los entusiasmos «ibéricos» y facilidades económicas. Y ni corto ni perezoso hizo un día saber que había adquirido unos terrenos en Torrero para hacer el campo que el Iberia necesitaba. Pero Infiesta, desde el primer momento se valió para sus actividades en este sentido de sus ya citados colaboradores y de cuantos amigos tenía a mano. Y entre ellos apareció la figura discreta pero valiosísima de Modesto Sanz. Así se fue pergeñando el gran Iberia. Hubo que emplear incluso dinamita para igualar aquellos misérrimos terrenos que habían sido viñedos escuálidos y olivares famélicos, pero cuando menos lo podíamos pensar aquello estaba explanado y poco tardaría en quedar cercada. Una pequeña tribuna, unos escasos graderíos, unas casetas para jugadores y una gran puerta en la que aparecía pintado un gran escudo del Iberia con sus rayas amarillas y negras. Y un día, cuando aquel ejemplo de eficaz impulso ya nos había unido en apretado haz partidista a muchos dispuestos a todo. Aquel campo era inaugurado con toda solemnidad; y frente al Stadium con su Arrabal alquilado, ya estaba el Iberia con campo propio.

Infiesta hizo mucho, muchísimo, por el fútbol aragonés al

ponerse apasionadamente al lado del Iberia; tal vez lo mucho que hizo no fue suficientemente justipreciado por su temperamento pasional y por su manera dictatorial y absorbente de querer resolver las cosas con arreglo a su vehemencia, sin reparar en que su cargo bancario le impedía asumir funciones de directa responsabilidad. Esto lo salvó en gran parte Muniesa, porque se dio cuenta de la importancia de poder contar con una colaboración tan interesante; porque se propuso sacar jugo a aquella pasión y porque desde el primer día se metió en el bolsillo a D. Alejandro.

Ya estaban las cosas en su puesto para que los clubs se valieran por sus propios medios; la Asociación de Cultura Física dio por terminada su misión; corta fue su existencia; pero su labor fue fructífera. Seguramente debió subsistir, pero para ello era indispensable que los hombres que la integrábamos mantuviésemos una posición de neutralidad, en aquellos momentos punto menos que imposible. Pérez Larraza se volvió a su casa y con él algún que otro a quienes no atraía el ambiente de lucha; los demás pasamos decididamente a quedar encuadrados en los puestos de mando del Iberia y desde luego todos sometidos a la jefatura indiscutida de Muniesa. Él organizó las cosas con arreglo a un ambicioso plan y distribuyó la tarea de forma que cada cual quedó encargado de aquellas funciones más en armonía con sus posibilidades de éxito. A mí se me respetó en la presidencia de la Federación en aquel primer año en tanto se pergeñaban las cosas para que Muniesa pasara a ocupar tan importante cargo, que adquirió importancia cuando el cambio fue introducido. De la Federación pasé a ser redactor deportivo de *El Noticiero*, porque había que tomar posiciones en la endiablada lucha ya iniciada y así convenía al Iberia. Allí estuve aguantando cuanto pude, hasta que con motivo de una Asamblea Regional se me designó para representar al Iberia. Mi intervención en las deliberaciones acumuló sobre mí las iras del bando contrario y como represalia se hizo intervenir a la suprema jerarquía eclesiástica local para que yo cesara en mis funciones

periodísticas. Mucho me había esforzado en la tarea y mucho me apenaba dejarla, pero comprendiendo la violenta situación del Director del periódico, que tantas atenciones me dispensaba, pero que no podía oponerse a las presiones de quienes desde las trincheras del Stadium ponían en juego sus condición de personas de derechas, no sólo dejé mi puesto, absolutamente gratuito, sino que me presté a buscar sustituto. Como he dejado constancia de que quienes promovieron mi salida de *El Noticiero* eran «de derechas», clasificación entonces muy al uso, me interesa no callar que yo tuve siempre esa significación. Fui presidente de la Juventud Maurista; fui uno de los fundadores y presidente de la Acción Ciudadana, creada con motivo de la huelga revolucionaria del año 21; y cuando se inauguró el campo del Iberia, asistí al acto representando a la Diputación Provincial a la que pertenecía por elección popular precisamente como candidato de las derechas.

Al salir de *El Noticiero* pasé ya definitivamente a la Junta del Iberia. Donde pasé a desempeñar ya para siempre las funciones de encargado de todo lo relativo al fútbol, fichaje de jugadores, composición de equipos, etc.

Entre tanto Muniesa en la presidencia de la Federación, ejercía en plena intensidad una política de carácter general, que compaginaba elegantemente y sin tapujos, con la alta inspiración de cuanto al Iberia concernía e interesaba. Sería prolija la enumeración de sus aciertos, que eran tantos como sus iniciativas. Se amplió considerablemente el número de clubs, no sólo en la capital sino también en los pueblos; se organizó y afianzó el fútbol en Huesca; se celebraron partidos interregionales con Cantabria. Acudió a las Asambleas de la Nacional y en ellas trabajó intensamente por el fútbol en general, con mociones e iniciativas de positivo mérito; tuvimos personalidad en la disputa de «minimalistas» y «maximalistas» que estuvo a punto de provocar un cisma en la organización nacional; participó, con la personalidad propia que le daba su preparación y conocimiento de los asuntos y su

característica simpatía en las cuestiones más arduas, como fueron la implantación y reglamentación del profesionalismo; la codificación de disposiciones generales y la reglamentación de partidos y competiciones; la creación de una Secretaría general y las gestiones para que aceptara ese cargo D. Ricardo Cabot. Fue indispensable en las Asambleas y al margen de ellas era requerido por todos como mediados en incidencias. Hizo muchas y muy estimadas amistades que por atención personal le apoyaron siempre en aquellos casos que él propugnaba y defendía para su región o para su Iberia.

De todo se aprovechó para beneficiar al fútbol aragonés. Los Campeonatos Mancomunados; la inclusión del Iberia en la Segunda División; la Copa de España, por Grupos de regiones próximas, en que participan el campeón y subcampeón regionales; el sistema de turno para la finales del Campeonato de España y para los partidos internacionales, sistema que permitió que Zaragoza presenciara en Torrero una final, jugada entre el Unión de Irún y el Arenas de Guecho, y un partido internacional, contra Francia, que fueron otros tantos motivos para demostración de la capacidad organizadora de Muniesa. En resumen, trece años de intensa labor, pletórica de aciertos y reveladora de la gran personalidad de Muniesa.

Entre tanto, aquel campo del Iberia pronto se quedó pequeño para la afición lograda y para las apetencias de Muniesa. Proyectó ampliarlo y para ello consiguió de Infiesta que pusiera a su disposición la adquirida propiedad de los terrenos y que se justipreciara el importe de los desembolsos realizados en las obras. Con ello, se lanzó a la constitución de una sociedad que denominó «Campo de Deportes de Torrero, S.A». Y al poco tiempo, el campo quedaba transformado y ampliado; se construyó el velódromo, se instaló la piscina, se hicieron nuevas casetas para jugadores; se plantaron muchos árboles; se sembró la hierba y se instaló el sistema de riego. El campo no era de un señor: era del club, en cuanto éste estuviera en condiciones económicas de cancelar el dinero

desembolsado; en tanto era propiedad de todos los que habían realizado aportaciones económicas y quedaría estipulado el ínfimo arrendamiento con exclusividad para el Iberia. Y fue entonces cuando la Nacional estableció el cuadro de campos neutrales para desempates en las competiciones oficiales y para las semifinales del Campeonato de España. Y cuando aquellos y éstas se presentaron, Muniesa se afanó por conseguir que Torrero fuera el escenario indiscutible. E ideó la fórmula de adquirir el derecho de organización ofreciendo a los clubs contendientes una cantidad garantizada. Y así pudo Zaragoza ser testigo de los grandes acontecimientos que aún no se han olvidado. Aquella jornada en que se celebraron dos semifinales: Madrid – Irún y Barcelona – Arenas, una por la mañana y otra por la tarde, dieron a Zaragoza sensación y prueba de lo que interesaba a todos la gran labor futbolística que veníamos realizando y que con satisfacción de todos nosotros, representaba Muniesa.

Por cierto, que en aquella ocasión Muniesa hubo de ceder al requerimiento que le hicieron en Madrid las supremas autoridades de la Nacional: una de las semifinales había que dársela al Zaragoza (el Real Zaragoza era ya la fusión del Stadium con un club que fundó Irache, que se llamó Zaragoza y que ya había absorbido al Fuenclara. Este club tomó en arrendamiento el campo de la Torre de Bruil y el nuevo Real Zaragoza lo transformó ampliamente por la decidida abnegación del Conde de Sobradiel, de Ara, de Funes, etc). No era cosa de que todo se lo llevara el Iberia. Y el Iberia, que dos domingos más tarde había de tener en su campo la final, con asistencia de un hijo del Rey, se quedó con la semifinal de la mañana, dando el R. Zaragoza la de la tarde. Ya no se volvió dar coyuntura semejante. Poco después desapareció el acuerdo del que puede asegurarse que su verdadero beneficiario fue el Iberia.

Muniesa no se aferró a la presidencia de la Federación; cuando consideró que su misión estaba cumplida y que su dedicación al

Iberia lo requería, pasó al club, dejando en el organismo federativo a otros entrañables amigos y leales colaboradores que cargaron con la difícil tarea, cada vez más desagradable por el fragor de la lucha entablada entre el Iberia y el Zaragoza, lucha en la que ya tomaban parte el Patria y el Huesca. Cada cual procuraba atraerse el mayor número posible de clubs a su órbita y así los incidentes eran cada vez más numerosos y los problemas planteados más arduos. Cada víspera de Asamblea Regional era una pintoresca batida en busca de votos que asegurasen una supremacía; hasta que la Nacional acordó que los cargos directivos de las Regionales los desempeñaran automáticamente los clubs con arreglo a su clasificación en los respectivos Campeonatos.

Aun así, la lucha por los puestos federativos era algo épico y desde luego muy desagradable. Recuerdo, entre otras, una Asamblea verdaderamente digna de figurar en las antologías de la política más pintoresca. Se celebró, mejor dicho, se convocó en los salones de Acción Social. Su preparación había sido tan laboriosa como cualquier elección de diputados. El Iberia llevaba algunos años disponiendo de los mandos federativos y la oposición tenía fuertes deseos de que el poder pasara a sus manos. Se recurrió a todo, incluso a la compra de votos. En un análisis imparcial habría que reconocer que ambos bandos beligerantes se habían esforzado por superarse en el empleo de procedimientos coactivos; y habría que reconocer, también, que abundaron los casos de clubs y personas que se aprovecharon de aquel estado de absurda preocupación y de ligereza en los ofrecimientos y en las dádivas, culebreando vergonzosamente para salir beneficiados en aquel río revuelto. El Iberia tenía certeza de poseer la mayoría de votos hasta la víspera de la Asamblea, pero llegado el día de ésta y ante la actitud extraña de algún delegado, adquirió el convencimiento de que perdería la votación al no querer acceder a pretensiones insólitas. Y tuvo que afrontar la sesión convencido de su derrota. Como las Asambleas eran públicas, media hora antes de la señalada el salón estaba

abarrotado de «hinchas». Unos enardecidos ante su próxima victoria; otros mal resignados ante su prevista primera derrota.

Muniesa tenía aquel día un luto familiar y no pudo asistir. Fuimos representando al Iberia, Rafael Delatas y yo. No pudimos entrar a nuestros reservados lugares; se produjo tal escándalo a nuestra entrada, con profusión de gritos, golpes entre asistentes y rotura de mobiliario, que todo hacía presagiar una verdadera batalla campal. Ante tal espectáculo, que verdaderamente no podía sorprendernos, concebía la idea de considerarlo como una coacción que impedía nuestra libertad de discusión y teatralmente y en medio de un escándalo monumental anuncié la retirada del Iberia y de los delegados afectos. No tuvieron los del Zaragoza la necesaria serenidad y un poco asustados por el ambiente y otro poco impresionados por nuestra marcha, se avinieron a la suspensión de la Asamblea. Lo que teníamos perdido irremisiblemente acababa de entrar en la posibilidad de no perderse.

Por de pronto habíamos logrado salvar el bache de la ausencia de Muniesa; después… ya veríamos. Y lo que vimos es que Muniesa, al ser enterado de lo ocurrido resolvió poner la cuestión en manos de la Nacional a la que se dio cuenta de lo ocurrido y del ambiente que se respiraba. También el Zaragoza reaccionó y amparándose en su descontada mayoría de votos quiso que la Asamblea se celebrara acudiendo para ello al Gobernador, quien llamó a su despacho al Iberia para conminarle a que asistiera a la nueva sesión que se celebraría a puerta cerrada. Muniesa se opuso, alegando que la convocatoria no podía hacerla el gobernador, sino la Federación Regional, la que había sometido el asunto al estudio y resolución de la Nacional, organismo a cuya jerarquía y disciplina estábamos sometidos. Fue llamada la Regional, pero su Comité, presidido por el Capitán de Artillería D. Sebastián Gallego y del que formaban parte D. Federico Vallés y D. Ángel Pallarás, «iberistas» íntegros, se

negaron a actuar mientras no recibiesen órdenes de Madrid. Y poco después la Nacional enviaba a Zaragoza a su Secretario General D. Ricardo Cabot, el cual, tras celebrar diversas entrevistas, procedió a convocar Asamblea a puerta cerrada. De aquella Asamblea presidida por el señor Cabot salió la dimisión voluntaria del Comité directivo en el que había mayoría «iberista» y salió el nuevo Comité formado con un delegado de cada club de primera categoría. La presidencia la ocupó el Conde de Sobradiel, que representaba al Zaragoza; la secretaría la ocupó Muniesa en nombre del Iberia. Se había formado un «gobierno nacional» propio del pastel con que se resolvió aquella embarazosa situación creada por la posibilidad de que el Iberia perdiese una votación. Para nosotros tenía importancia el perderla porque existía el peligro, que ya habíamos soportado, de un Comité adverso como el que presidió en el año 1926 el señor Ruiz Masso, y esto queríamos evitarlo y se evitó poniendo en juego la habilidad de Muniesa fielmente secundada por todos nosotros.

Aquel Comité duró escasamente dos meses, pues la Nacional modificó el Reglamento en el sentido de que las Federaciones Regionales estuvieran constituidas automáticamente por representaciones de los clubs y Muniesa volvió a la presidencia en representación del Iberia, a quien correspondía ese cargo. Un año estuvo Muniesa en la presidencia; por exigencias de sus estudios biológicos tenía que trasladarse a Madrid y para cuando llegara el momento quería dejar bien organizadas las cosas. Así preparó para que lo sustituyera a Rafael Delatas; y con éste en la Federación, y con el Iberia bien organizado en todos sus aspectos, nos abandonó temporalmente, si bien es cierto que desde Madrid siguió paso a paso nuestras actividades bien seguro de que se interpretaban con toda exactitud sus previsiones y sus indicaciones para cada caso que se le sometía a consulta.

Cuando se reintegró a Zaragoza se había casado. Y si su vida estaba mejor organizada y con un volumen creciente de

ocupación profesional, por haber logrado puesto en el claustro de profesores de la Facultad de Medicina y por haber montado su laboratorio con arreglo a su intensa actividad de trabajo, no por ello dejó de seguir prestando al Iberia las atenciones y cuidados precisos. Como también los prestaba a la Sociedad Filarmónica, de cuya Junta formaba parte como secretario. Por cierto, que los filarmónicos le solían gastar la broma de que cualquier día esperaban un error y en su virtud temían ver aparecer en el escenario de los conciertos a un equipo de fútbol mientras que a Torrero subía un cuarteto austríaco. Y muy en serio, un día Muniesa realizó parte de la broma, pues logró que la Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, diera dos conciertos populares en el campo de Torrero, conciertos que fueron dos éxitos y que pusieron de relieve la capacidad organizadora de Muniesa.

El panorama, a su regreso a Zaragoza, no era tan halagador como cabía esperar después de la labor realizada. Lo mejor de nuestras posibilidades se consumía en aquella lucha feroz y despiadada; y no tanto en la superación de esfuerzos y sacrificios cuanto en lo agotadora de los personalismos. La verdad es que empezábamos a estar cansados y, a veces, hastiados. Este mismo cansancio, este agotamiento, se apoderó de muchos de los hombres que habían levantado y sostenido al Real Zaragoza con la agravante de que este club, con mucha menos unidad de criterio y con espíritu más aparente que real, cayó poco a poco en manos de personas irresponsables que tendieron a sostenerse fomentando más y más una política de pasiones rastreras, lo que hacía imposible toda convivencia.

Ya hacía algún tiempo que se había lanzado al espacio la idea de una necesaria política de acercamiento a la que no eran ajenos hombres tan representativos zaragocistas como D. Julio Ariño, y Emilio Ara, cansados de sacrificios estériles, y sobre todo de un género de lucha que no encuadraba con sus principios y con su manera de ser. De sus contactos personales con nosotros habían sacado dos consecuencias: que se podía

convivir con nosotros y que sería un gran paso iniciar el estudio de unificar los esfuerzos yendo a la fusión que permitiera la supervivencia de un solo club. Ellos representaban un estado de opinión dentro del R. Zaragoza, poco acorde con lo que cada día se acentuaba más. La rivalidad había sido evidente y necesaria y había dado frutos beneficiosos; pero el encono a que había llegado era contraproducente porque ocasionaba agotamiento y porque comenzaba a alejar a las personas sensatas.

Nosotros acogimos las sugerencias con reserva, pero íntimamente convencidos de que en el fondo palpitaba una evidente realidad que podía poner fin a la lucha y podía salvarnos de una situación que comenzaba a tambalearse por el lado económico. La verdad era que al equipo dirigente nos satisfacía la idea de poder trabajar con hombres correctos y sensatos que tantas pruebas de entusiasmo y de desprendimiento habían dado. Pero nuestra masa de seguidores no era propicia a tal paso.

Como en tantas otras ocasiones, Muniesa tomó el volante en el asunto; lo estudió a conciencia, examinando la situación y aquilatando los pros y los contras de un paso tan transcendental. Sometió sus conclusiones a nuestro consejo y nosotros, siempre identificados con él, le dimos nuestra confianza para que diera los pasos precisos. Hubo desde un principio buenos augurios. El Iberia permanecía unido y acataría lo que sus hombres representativos hiciéramos en defensa del fútbol local. El R. Zaragoza estaba interiormente en descomposición. La solera del club apartada de la gestión dirigente, y en los puestos de mando, encaramados y aferrados, los de menos solvencia.

Cuando todo parecía marchar rumbo al éxito; cuando los hombres más representativos de la tendencia «zaragocista» estaban unánimes en apoyar la fusión; cuando nosotros hacíamos el sacrificio de ir a ella dispuestos, incluso, a no escatimar ni el concurso personal, precisamente lo único que estaba

desgastado por el natural cansancio; cuando nuestra situación podía prolongarse con solo que nosotros quisiéramos proseguir comprometiendo nuestra tranquilidad y nuestras modestas posibilidades económicas; cuando teníamos la certeza de que nuestro adversario estaba deshecho, moral y materialmente, y por lo tanto cabía esperar su desaparición de un momento a otro; cuando a pesar de todo, estábamos en la mejor disposición, estimando que valía más llegar a una fusión *in extremis* que esperar arma al brazo la muerte del enemigo, estuvo a punto de venirse todo abajo por la cerril intransigencia de unos cuantos advenedizos a los puestos de mando del R. Zaragoza, quienes antes que dejar las riendas de su insospechado encumbramiento, preferían la muerte por consunción. Fueron menester campañas de Prensa, fue preciso que los antiguos y verdaderos «tomates» hicieran valer sus derechos a disponer de lo que ellos habían fundado y sostenido. Con todo, nada se habría logrado si Ariño y Ara no hubieran tomado a su cargo el convencernos a nosotros de que saliéramos de nuestras posiciones inhibicionistas al contemplar la maniobra de hacernos aparecer como interesados en la fusión para salvar nuestros créditos moral y material. Nosotros teníamos campo en propiedad; teníamos un equipo disciplinado. De mayor o menor valía, pero que respondía a nuestras posibilidades y estaba firmemente sometido a nuestra autoridad, equipo al que nada debíamos en orden a contratos. El Zaragoza no tenía nada, ni campo, ni jugadores, ni socios, ni moral, ni nada. Durante el torneo Mancomunado de aquella temporada, que jugaba este club con Guipúzcoa – Navarra, desapareció virtualmente como tal club, abrumado por su desastrosa economía que le forzó al incumplimiento de las más elementales obligaciones.

Sólo entonces cedieron en su actitud obstruccionista los aludidos elementos; y sólo entonces pudo hablarse claramente de una fusión que la mayoría de los aficionados pedía a gritos. No fue, con todo, tarea grata y fácil la de llegar a un acuerdo. Cualquier detalle de poca monta se agigantaba por

la pasión malsana de quienes ya se veían alejados de unas posiciones que no les correspondían, porque lo primero que había que hacer en la fusión era prescindir de su nefasto concurso. Había un campo, el de Torrero; quedaba en pie un equipo, el del Iberia. Del Zaragoza no quedaba nada. Había una posición federativa, la que el Iberia poseía. Había unos dirigentes que habían demostrado capacidad, entusiasmo y competencia, los del Iberia. Era natural que se contara con ellos. Como era natural e imprescindible que se contara con los «zaragocistas» antiguos, entonces alejados de la dirección del club. Estos tenían que ser los puntos fundamentales de la fusión. Lo demás era aleatorio, pues, aunque nos doliera a los del Iberia era natural, lógico y político que al quedar un Club de primera categoría llevara el nombre de la ciudad; y era también político, lógico y natural que sus colores representativos fueran distintos de los usados por los dos clubs fusionados.

Fueron precisos los buenos servicios de la Federación Regional; pero presidida ésta por Rafael Delatas, que representaba al Iberia, se acordó que fuera D. Pío Hernando, vicepresidente y hombre ecuánime, procedente del Patria, quien actuase como hombre bueno; y bajo su presidencia se convocó una Asamblea conjunta de socios del Iberia y del Zaragoza para establecer las bases de la fusión. Se discutió mucho, se personalizó aún más y lo auténticamente grato para nosotros fue que fuera estimada por unanimidad la condición impuesta por un grupo de «zaragocistas» de que ni Muniesa ni ninguno de los que con él actuábamos se considerara excluido del gobierno del nuevo club.

Por fin se consumó la fusión; el nuevo club se llamó Zaragoza; desaparecieron los viejos colores rojos y gualdinegros; y sobre el campo de Torrero ondeó una bandera blanca con el escudo de la ciudad, símbolo de una paz laboriosa en su gestación, pero fructífera en buenos resultados por el entusiasmo y la buena voluntad que no regatearon unos hombres

que la buscaron con afán y la aceptaron de buena fe y a cuyo frente siguió estando Muniesa.

A partir de entonces, y nos estamos refiriendo al año 1932, se inició una nueva etapa de actividades sin cuento. Libres de la preocupación de la rivalidad, pudo hacerse labor más constructiva; y sin prisas, obrando en conciencia, se mejoró el equipo, se modificaron las instalaciones y estando el Club en la Tercera División se llegó en el año 1936 a escalar la División Primera. Con serenidad, con aplomo, se trabajó intensamente. A poco de la fusión pasó a presidente de la Federación el ecuánime y ponderado Antonio Sánchez; excelente amigo de Muniesa y buen discípulo suyo en las disciplinas futbolísticas. Y en cada puesto de mando se colocó a la persona más idónea para la misión. Y la labor dio resultados prácticos y entre ellos el más destacable la desaparición de las luchas personalistas. Hasta que la política invadió el terreno futbolístico.

Numerosos clubs habían engrosado el núcleo de la Federación; nadie nos dimos cuenta de que tras alguno de ellos se ocultaba una finalidad política que suavemente trataba de infiltrarse en el ámbito nacional. También y a la vez aumentó considerablemente el número de socios del Zaragoza. El interés de las competiciones y el deseo de asegurarse ventajosamente la entrada a los partidos hicieron que muchos se aprestaran al pago de una cuota mensual. Cuando acabamos de ascender a Primera División, cuando habíamos cancelado todos los compromisos económicos, liberándonos por vez primera de créditos y de firmas bancarias, cuando el Club se hallaba en una situación privilegiada, estimamos que era el momento de convocar a la Junta General, no sólo para darle cuenta de nuestra gestión, sino para someter a su aprobación los ambiciosos proyectos elaborados para hacer frente al compromiso de estar en la División de Honor. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que se trataba de torpedearnos con miras no muy claras. Elementos socialistas encubiertos entre

nuestras filas proyectaban combatirnos para eliminarnos de los puestos de mando; antiguos resentidos «zaragocistas» servirían de fulminante que hiciera estallar la ira contra nosotros; no faltaron antiguos «iberistas» que estimaban, incautamente, llegado el momento de satisfacer su venganza por la fusión. Los tiros iban contra todo y contra todos, pero especialmente contra mí. Tantos años de tener en mis manos lo relativo a jugadores y equipo, campo de Agramante para todas las fobias personalistas, había que purgarlos de alguna manera. Claro que el momento era el menos indicado por cuanto se había logrado el máximo ascenso. Pero ya no se podía aguantar más y por lo visto era preciso aprovechar cualquier coyuntura. Y ninguna tan propicia como aquella Junta general de la que querían aprovecharse los eternos descontentos y de los que querían intentar sacar tajada, los que siempre esperan la oportunidad del río revuelto.

Nos dimos cuenta de la marejada, pero no nos amilanamos. Se solicitó el teatro de mayor cabida y se convocó la Junta general. Muniesa estaba decidido a dar la batalla definitiva. O se salía ampliamente triunfantes o de lo contrario nos íbamos a nuestras casas. Hubo varias reuniones previas de directivos, a las que no dejé de acudir pese a estar convaleciente de un fuerte ataque de vesícula biliar que me tuvo dos meses alejado de toda actividad. En esas reuniones expuso Muniesa los proyectos para afrontar la nueva temporada en Primera División. En esos proyectos se incluían obras de ampliación de Torrero y los planes de refuerzo del equipo. Como consecuencia iba la preparación de un importante empréstito cuya realización estaba encomendada a D. José Disqui, director del Banco Español de Crédito. Propuso Muniesa, y así se acordó, que de una manera terminante no habría en la Junta general más intervención que la suya, en nombre de la Directiva, fueran de la clase que fueran los ataques o las alusiones que se hicieran. Y llegó el momento de la Junta que comenzó a las diez y media de la noche y acabó pasadas las dos de la madrugada. El teatro abarrotado con

cerca de tres mil asistentes; el ambiente enrarecido, las discusiones violentas, los escándalos mayúsculos. Estuvo aquello a punto de acabar muy mal y no por la virulencia de los ataques de que fuimos víctimas; ataques fácilmente refutables y en los que campeaba la agresividad más que la justicia, más por culpa de los nervios de nuestros propios partidarios francamente en abrumadora mayoría, quienes en más de una ocasión quisieron acabar a mano airada aquel espectáculo. Muniesa tuvo uno de sus mayores éxitos al plantear las cosas con rabiosa claridad y al responder a las interrupciones y a las preguntas con rapidez, con soltura de palabra, con intencionada ironía y en todo momento con pasmosa serenidad y dominio. Descompuso a los atacantes la rigidez con que se llevó a cabo el acuerdo de que sólo interviniese Muniesa. No faltó quien echó de menos mi presencia en la mesa presidencial y quiso aprovecharse de ello para sacar consecuencias. Preguntó intencionadamente a qué se debía mi ausencia. Y a punto estuvo de romperse la consigna, porque no me pude contener y sacando fuerzas de flaqueza, me levanté desde la última fila de butacas y grité que estaba allí, por orden de mis compañeros y en atención a mi estado de salud. No me dejó seguir Muniesa, quien desde su puesto en el escenario me impuso silencio diciendo que se bastaba y sobraba para contestar a todos según acuerdo de la directiva. Pasé muy mal rato; tan malo como lo pasó nuestro entrañable D. Modesto Sanz que me acompañaba. Y la verdad es que me dolía mucho tener que atemperarme al acuerdo de permanecer callado, pero aún me dolía más el observar que no me hallaba en condiciones físicas de afrontar la batalla, pues mi estado de salud era bien precario. Enfundado en mi gabán, a pesar de la calurosa noche de junio, quise presenciar aquella apoteosis de tantos años de batallar, no pudiendo comprender aquel espectáculo y compensándome únicamente de lo que veía y no podía creer, el arrollador triunfo de Muniesa debatiéndose impasible en aquel encrespado mar de pasiones. Llegó el momento de someter a la aprobación de la Asamblea los proyectos de la directiva en forma de voto de confianza. Los que permanecieran sentados

aprobaban; los que se levantasen votaban en contra. Se levantaron algunos, pero al querer recontarlos no quedaba nadie en pie. La paciencia de los entusiastas no permitió votos en contra. Y al abandonar la directiva el escenario una ovación estruendosa fue el premio otorgado a Muniesa por su extraordinaria labor.

No sería sincero ocultar que aquella Junta dejó en nosotros un sedimento de amargura; a no ser por la estimación que nos merecía la incondicional actitud de la mayoría y a no ser también, porque apreciábamos un deber no dejar interrumpida nuestra tarea en momentos tan interesantes, nos hubiéramos ido a nuestras casas. Comenzamos los preparativos de la futura temporada con todo entusiasmo procurando superarnos. Nuestros planes comenzaron a ser llevados a la práctica. En lo que atañía a mi jurisdicción se firmó el contrato con Moncho Encinas para entrenador, y se concertaron los traspasos de Muñoz y Bravo del Murcia. Muniesa por su parte proseguía las gestiones para formalizar el empréstito con nuestras firmas. Todo iba a desarrollarse con arreglo a nuestros madurados proyectos.

En los primeros días del mes de julio salí yo, con mi familia, para Roncal, donde había ésta de pasar el verano. Después de unos días volveríamos mi hermano y yo a Zaragoza, él para quedarse; yo para trasladarme a un balneario catalán, donde había de hacer una cura de aguas para mi vesícula. Cuando ya tenía la maleta preparada para el viaje recibí un aviso de mi excelente amigo Julián Troncoso indicándome la conveniencia de que aplazara el viaje. Había sido asesinado Calvo Sotelo y algo se estaba preparando cuyo alcance era difícil de concretar. Suspendí el viaje cuando estábamos a 13 de julio y el día 16 llegaron las primeras noticias de algo que ocurría en Marruecos; y el día 18 tuvo ya concreción el estallido del Movimiento Nacional.

Los primeros reflejos en Zaragoza fueron desconcertantes. Aquellos desfiles socialistas en los que veíamos uniformados a

muchos de nuestros impugnadores en la Junta general nos hicieron ver clara la finalidad perseguida. Pero nos hicieron también comprender un nuevo y tal vez próximo peligro personal. Los hombres que dirigíamos el Zaragoza éramos todos no sólo personas de orden sino hombres de arraigadas convicciones religiosas y definidamente opuestos a aquella política imperante del llamado Frente Popular. Lo que no hicimos nunca fue interpolar en el Zaragoza nuestras convicciones políticas; antes al contrario, fuimos respetuosos con las ideas de los demás, por estimar que el pensamiento no delinque, sino los actos, a lo que nos llevaba el espíritu liberal de nuestra generación, espíritu ya anticuado y que había de sucumbir en aquella Cruzada que se iniciaba; y porque estimábamos que el fútbol era cosa que en nada debían rozar las ideas políticas de sus hombres.

Muniesa no fue nunca hombre de ideas políticas concretas, al menos en orden a los idearios predominantes en España. Recuerdo que asistía conmigo a la tertulia en casa de D, Ricardo Horno solíamos tener D. Juan Moneva, Genaro Para y yo. Cuando murió D. Antonio Maura fuimos los cinco a su entierro a Madrid. No obstante, Muniesa no era maurista. Coincidía con muchos puntos de nuestro programa; simpatizaba con muchas cosas, pero no las compartía. Desde luego no compartía el fervor monárquico de D. Ricardo Horno. Cuando D. Ángel Ossorio quiso intentar un ensayo de Derecha Social al que fuimos muchos por amistad personal más que por convencimiento, Muniesa sin acabar de enrolarse, estuvo muy cerca de nosotros. Ello demuestra que Muniesa no era, ni mucho menos, un demagogo. Desde luego puedo afirmar que era contrario a toda idea de violencia y que su tendencia principal era apreciar el sentido ideológico de las cosas, no atrayéndole nada el encasillamiento concreto. Por su especialidad médica estaba en contacto con los medios llamados intelectuales; y estos influyeron considerablemente en él. Con todo, antes del año 1931 Muniesa era claramente apolítico y lo más concreto que yo le oí fue en una habitación del Gran Hotel de Zaragoza. Había

ido a nuestra ciudad D. Ángel Ossorio para pronunciar una conferencia en el Ateneo; aquella conferencia en que se proclamó «monárquico sin rey». Antes de la disertación estábamos con el conferenciante en su habitación unos cuantos amigos íntimos, entre ellos Horno, Pesa, Muniesa, Giménez Garu y yo; naturalmente la conversación versaba sobre el tema de la conferencia y el señor Ossorio por contrastar su opinión con la nuestra, o simplemente por un acto de consideración personal hacia nosotros nos pidió que le diésemos las respectivas opiniones respecto a la actualidad política y al deber de quienes como él sentían una inquietud en relación con sus firmes convicciones monárquicas de siempre; en los demás, de una manera más o menos sincera, estaba haciendo mella la postura de la accidentalidad de la forma de gobierno; Muniesa aconsejó a Ossorio que adoptara una posición republicana. Fue lo más categórico que yo le oí en tantos tiempos de convivencia, en los que, a decir verdad, bien pocas veces tocamos el tema político en nuestras conversaciones. Su confesión republicana no me extrañó dado el ambiente que en aquella época se respiraba especialmente en los sectores "intelectuales" con los que Muniesa tenía una conexión evidente.

Muniesa había mandado a su mujer (creo que ya había nacido su hijo) a pasar el verano en Alcalá de la Selva, en la ruta de Valencia, donde también fue la familia de Antonio Sánchez. Por lo tanto el 16 de julio nos cogió en Zaragoza, a Muniesa, a Antonio Sánchez, a mi hermano y a mí, solos, sin familia y por lo tanto llenos de incertidumbre; nosotros teníamos la familia en Navarra y la preocupación era por lo tanto menor; Muniesa y Sánchez, por todos los medios a su alcance, trataron de trasladarse a Alcalá de la Selva, en la ruta de Valencia. No recuerdo cuándo y cómo nos despedimos, porque yo, enfermo y saliendo muy poco de casa, lo que quise es que Muniesa viniera a mi casa a vivir con mi hermano y conmigo; pero no lo logré, porque encontró oportunidad de ponerse en viaje y ya no le vi ni volvería a verle.

Pasados algunos días y luego de presentarme en Acción Ciudadana, entidad similar a la que yo fundé en el año 1921, para encuadrar allí mis posibles servicios, me fui a Roncal para reunirme con mi madre y hermanos y para reponer mi salud. Lo que en un principio fue un Alzamiento contra la barbarie y la insolvencia encaramadas en el gobierno de la Nación, pasó con los días a convertirse en una cruenta Cruzada contra los enemigos de Dios, de la Patria, sostenidos en sus baluartes de mando por la descarada ayuda extranjera. No era aconsejable para temperamentos como el mío permanecer inactivo; y resolví volver a Zaragoza, aunque dejándome en Roncal a la familia; mi regreso tuvo que ser anticipado porque un día recibí una carta de mi hermano en la que me anunciaba algo desagradable relacionado con Muniesa. Mi llegada a Zaragoza no pudo ser más impresionante. Muniesa había sido detenido y encarcelado; el encarcelamiento llevaba consigo la incomunicación. Las noticias sólo podía darlas con veracidad Antonio Sánchez que fue testigo presencial del episodio de la detención. A su versión me atengo por sincera y verídica.

Alcalá de la Selva, pueblecito de la sierra turolense, era lugar veraniego muy frecuentado por familias valencianas, turolenses y zaragozanas, especialmente pertenecientes a la clase media. En los momentos que nos ocupan, el pueblo estaba, naturalmente, indefenso y las familias veraneantes llenas de temor, de intranquilidad y de preocupaciones. Un día tuvieron noticia de que por la ruta de Valencia se acercaban unos grupos en actitud nada tranquilizadora. Muniesa, juntamente con algunos otros veraneantes, se aprestó a salir al paso de los grupos para conocer sus intenciones. Pudieron disuadirles de su entrada en el poblado, luego de comprobar que eran elementos rojos de aquella comarca. Pero adquirieron la precisa información para saber que no tardarían en pasar por allí contingentes mayores que intentarían establecer cerco a Teruel. A la vista de ello se hicieron los preparativos para evacuar el lugar. Se previno al cura del pueblo para que pusiese a salvo la Sagradas Formas y se le ayudó a poner a

buen recaudo la imagen de una Virgen muy venerada en la región, lo mismo que sus joyas y los objetos del culto. Y cuando, dando ejemplo de serenidad, hubo Muniesa organizado la salida de cuantas familias lo quisieron, preparó la salida de la suya y de la de Antonio Sánchez, alquilando unas caballerías y yendo a través del monte en busca de Teruel, para desde allí tomar el tren rumbo a Zaragoza. Jornadas accidentadas y llenas de inquietud, al final de las cuales esperaba la sorpresa más terrible. En el momento de llegar a la estación de Teruel unos policías se presentan a Muniesa y le detienen. La intervención de Antonio Sánchez y la comprensión de aquellos funcionarios gubernativos permitieron que las mujeres no se enteraran de lo que ocurría y con la excusa de conversación con unos amigos se realizó el viaje en departamentos distintos, pero sin que nadie se diera cuenta de la detención, hasta que al llegar a Zaragoza fue necesario decir la verdad, pues mientras la familia se trasladaba a su casa, José María era trasladado a su lugar de detención, de donde ya no había de volver. Cabe comprender lo horrible de aquella despedida, en la que el corazón de aquel hombre fuerte, valeroso y bueno había de experimentar una sacudida tremenda, presagio de peores males, y no por remordimiento de nada, sino por el temor inherente a las circunstancias. Inmediatamente fue trasladado a la cárcel vecina al campo de Torrero. Allí estaba ya su hermano Augusto desde hacía algunos días. Augusto era político militante y actuante. Había sido alcalde de Zaragoza por el partido radical socialista, al que pertenecía. Desconozco sus actividades en relación con lo que estaba pasando. Se decía que había tomado parte en un reparto de armas a las milicias socialistas. Lo pongo en duda porque las citadas milicias desfilaron por las calles de Zaragoza, pero sin armas. De haberlas poseído habría sido sangrienta en nuestra ciudad la iniciación del Alzamiento. Y lo único que pasó es que las tintorerías no dieron a basto a teñir camisas de uniforme. El pecado verdadero de Augusto era su carácter, poco propicio a las amistades y su incomprensible condición de radical socialista, invento híbrido del Frente Popular que

permitía aparecer agrupados a los republicanos de nuevo cuño que ni eran radicales ni tenían ribetes marxistas. Pecado mortal de estupidez y de estulticia que agrupó bajo la República a los de carácter avinagrado.

Todos supusimos, tras la tremenda impresión, que lo de José María no pasaría de ser un incidente lamentable, pero transitorio. No obstante, pasados los primeros momentos de estupor, comenzamos a movernos para aclarar las cosas y hacer cuanto fuera posible en beneficio del gran amigo. Pronto caímos en la cuenta de que, por encima de todo argumento fundamentado, había en la detención una notoria influencia de factores personalistas propicios a aprovechar cualquier coyuntura para llevar a cabo un acto de venganza. Esto nos hizo vivir unos días de intenso dramatismo. Ni se nos permitió verle, ni comunicarnos con él, ni pudimos tener idea concreta de los cargos que se le hacían ni de la jurisdicción a que estaba sometido. Lo único que podíamos comprobar es que se anunciaba de un día para otro una sentencia mortal, que no sabíamos quién había de dictar y que no faltaba quien se jactaba de estar propicio a ejecutar. Aquellos han sido los peores días de mi vida. La meditación acerca de la situación de un tan entrañable amigo; la certeza de saberlo libre de toda culpa con que justificar esa situación; pensar en los años de constante servicio a la ciudad, en tantos aspectos y sacar como consecuencia la incapacidad para salvarle o siquiera para aliviarle y consolarle en trance tan amargo, eran motivo más que suficiente para sentirse desolado. Y esa desolación no ha pasado con los años; antes al contrario persiste, porque ha dejado en mi ánimo un sedimento de contrariedad y de escepticismo, que se remueve cada vez que recuerdo la injusticia consumada y consentida y la cobardía que ha impedido y sigue impidiendo la rehabilitación a que Muniesa era acreedor.

Un día me llamó a su despacho oficial D. José Desgui. Era la persona con quien Muniesa preparaba el gran empréstito para el

Zaragoza; y era entonces jefe superior de Policía en la Zona Nacional. El motivo de la llamada era hablar de la situación de los hermanos Muniesa y demostrarme su empeño en salvar a José María. Me dijo las cosas con toda crudeza, sin omitir sus esfuerzos por contener a quienes propugnaban medidas radicales y ejemplares en algo más que «personas de alpargata». Me hizo ver lo cruento de la lucha y las víctimas que cada día caían, no en el terreno de la batalla abierta, sino en la solapada venganza que se ensañaba implacable sobre las gentes de significación derechista. Asentí a sus manifestaciones no sin hacerle ver que si en momentos tan difíciles de una verdadera guerra civil, todos los procedimientos de defensa y de eliminación de los posibles culpables o de los presuntos entorpecedores del triunfo, eran admisibles, para nosotros, los que estábamos al lado de Franco, debía haber una ética superior que nos impidiera caer descaradamente en la injusticia de permitir prevalecieran las ruindades de la venganza personal. Le dije que desconocía los motivos y las acusaciones que habían aconsejado la detención; que no me paraba a discernir si Augusto, con sus actividades políticas estaba incurso en responsabilidad alguna; pero que en el caso de José María estaba firmemente convencido de que no podía haber responsabilidad alguna de ninguna clase, porque José María no sabía nada de política activa y lo único que había hecho en trece años había sido, aparte su carrera, dedicarse a las cosas futbolísticas. Que ello le había granjeado algunas enemistades y que no era cosa de abandonarle al peligro de ellas. En último caso había un Tribunal Militar de Responsabilidades Políticas y como ninguno de los dos hermanos y mucho menos José María habían matado a nadie, ni actuado con mano airada contra ninguno de los principios fundamentales defendidos por el Movimiento Nacional, lo lógico sería someterlos a la jurisdicción de dicho Tribunal.

Empleé en la conversación más que razonamientos, emocionadas palabras de súplica. Y comprendí la emoción de Desgui; como comprendí que podía hacer poco y que lo poco que hiciera sería

en favor de José María por nuestra coincidencia futbolística. Salí de la entrevista esperanzado en que, ya que no la libertad inmediata, se lograría al menos el sometimiento del asunto al indicado Tribunal Militar, en cuya serena comprensión cabía confiar. Con todo, al abandonar el despacho, mis ojos estaban nublados por las lágrimas y mi corazón latía con extraordinaria intensidad. Fui corriendo a comunicarme con Antonio Sánchez, quien no llegó a participar de mi esperanzador optimismo. Sus noticias, recogidas en las tertulias y en la calle eran intranquilizadoras en extremo.

A la mañana siguiente, el golpe definitivo. En los Montes de Valdespartera habían muerto los dos hermanos, abrazados fuertemente. Ya no había remedio ante la tremenda realidad. Quienes no tuvieron fuerza para evitarla, tuvieron comprensión para nuestra última demanda de hacernos cargo de los cadáveres y enterrarlos decorosamente. Si ellos nos habían dado el ejemplo de su unidad en la muerte, no íbamos nosotros a separarlos en el piadoso acto de darles tierra. Y allí, en aquel quirófano de la Facultad, teatro de sus actividades profesionales, nos reunimos medio centenar de amigos, abatidos por el duro golpe de separación tan trágica, no en son de protesta para nada ni para nadie, sino en demostración de un fervor afectivo. Y desde allí los acompañamos en aquel definitivo viaje hasta el cementerio de Torrero.

¡Pobre Muniesa! Desde su lugar de reposo se divisaba el campo de Torrero que él había creado y en aquella tarde otoñal, sus árboles y sus flores y sus praderas se manifestaban, pero indiferentes a la tragedia y a nuestra amargura. Dios Misericordioso, a quien él no dejó de acudir siempre, pero a quien se entregó fervorosamente en sus últimos momentos le había dado la paz eterna, mientras a nuestras almas les proporcionaba una intranquilidad y un desasosiego grandes, que habían de durar hasta que logremos poner de manifiesto la verdad de lo ocurrido con Muniesa.

Un día, pasados ya muchos desde la muerte de José María, el

Tribunal Militar de Responsabilidades Políticas dictó su fallo en la causa seguida a Muniesa con motivo de su detención. El fallo era totalmente absolutorio. Como no podía menos de ser. Pero la justicia de los hombres ecuánimes llegaba tarde; se había anticipado a ella, irreparablemente, la de los hombres torvos y vengativos. Un día, también, conoceremos todos la verdadera Justicia, la de Dios, y entonces Muniesa aparecerá ante todos con la suprema satisfacción de estar por encima de todas las ruindades humanas. Y entonces, como ahora, podremos decir: "¡Bienaventurado él y desgraciados sus verdugos que no escaparán a la Justicia Divina que no admite antelaciones ni coartadas!"

No me ha sido posible poner en estas líneas la galanura literaria que merecían y que no poseo. He puesto, en cambio, sinceridad y emoción. Aun con todo, no reflejan si no en una pequeña parte las virtudes que adornaban a aquel buen amigo y los servicios inconmensurables que prestó al fútbol aragonés, del que fue el verdadero impulsor. Su obra está en pie y si continúa en intensa permanencia es no tanto por el afán y el buen deseo con que siguen atendiéndola los que sucesivamente la gobiernan, cuanto por la reciedumbre de los principios alentadores que Muniesa supo dotarla. A él se le recuerda siempre y en muchos sitios con cariño. Pero las nuevas generaciones apenas si ya le conocen y ello por un principio de cobardía colectiva que nos ha impedido proclamar a voz en grito sus merecimientos y nuestros deberes para con su memoria, como si anduviéramos cohibidos por la forma de su muerte y temerosos de que al dolemos públicamente de ella pudiera esto significar que estábamos en frente de cuanto representan el Movimiento glorioso y su Caudillo Franco. Y esto no debe ser: primero porque desde un principio y desde antes, comulgábamos con los puntos fundamentales que inspiraron el Alzamiento; segundo, porque quien tenía autoridad y solvencia para juzgar, que era el Tribunal Militar de Responsabilidades Políticas examinó el caso Muniesa, sometido a estudio y deliberación; y juzgó que era como

nosotros le conceptuábamos y le absolvió plenamente con todos los pronunciamientos favorables. Luego si Muniesa murió como murió, no fue por imperativo de la Justicia, sino por la arbitrariedad de unos hombres que adjudicándose atribuciones que no tenían dieron rienda suelta a sus pasiones, equivocando intencionadamente la venganza personal con el ejercicio de una legalidad que nadie les había confiado. Muniesa fue arrebatado a las manos de la Justicia serena y ecuánime y fue arrebatado injustamente a la vida, por el capricho de una minoría insolvente. No purgó con su muerte errores políticos, que no cometió, ni acción vituperable contra los fundamentales principios de una sociedad cristiana y española, porque ni fue hombre de acción en ese terreno ni sus sentimientos patriotas, sin patrioterismo, cristianos sin beatería y humanos sin doblez, le permitían obrar con alevosía ni ampararse en su posición intelectual y social para fomentar el mal. Purgó, sí, las envidias, las rivalidades, las enemistades personales inherentes a quien lucha a pecho descubierto. Y como Muniesa puso todos los afanes en la lucha futbolística, forzoso será sacar las consecuencias de que los que no pudieron abatirle en ella, se disfrazaron de buenos patriotas para encubrir, con señuelo tan respetable, una vulgar venganza del más detestable tipo.

No tenemos pues de qué estar avergonzados; antes, al contrario, va siendo ya hora de que podamos proclamar bien alto que estamos orgullosos de haber sido sus amigos y de que su memoria no está empañada por ninguna preocupación. Muniesa tuvo la Medalla al Mérito Futbolístico, como era lógico; pero eso no basta, también la poseemos otros, seguramente con menos merecimientos; y no faltan quienes aspiran a ella sin más antecedentes que una mal disimulada vanidad.

Muniesa ha pasado a la posteridad sin que futbolísticamente haya nada que recuerde su labor, como no sea esta misma. Pero cuando hayamos desaparecido los que con él convivimos y trabajamos y fuimos testigos presenciales de lo que significó

en el fútbol aragonés ¿quién le recordará? Si acaso algún bien intencionado que piadosamente se calle lo que otros tal vez tengan avidez en recordar: que murió por rojo cuando la guerra civil. Y eso no será cierto ni piadoso. Muniesa no murió por rojo. Lo sabemos todos los que lo conocimos; nos lo ha confirmado la sentencia del Tribunal Militar de Responsabilidades Políticas. Murió porque así lo quisieron unos cuantos que ahora andan como el Judío Errante, huyendo de sus remordimientos y de sus culpas y temerosos del único Juez que no se equivoca; porque aun cuando no son cristianos y precisamente por eso, lo que más les amedrantan es tener un día que rendir cuenta a Dios.

Al cabo de los años, estas cuartillas reflejan el hondo sentimiento de cuantos fuimos amigos y colaboradores de Muniesa. Seguramente que él no nos había tomado en cuenta ni la pobreza de nuestras fuerzas, que no bastaron a aliviarle en su calvario ni pudieron evitar la separación que tanto nos dolió y nos sigue doliendo, ni la posterior aparente tibieza con que encajamos su forzada y trágica marcha. En el huerto de Getsemaní y en los días posteriores también se produjo incertidumbre, vacilación y encogimiento en los discípulos cuando fue prendido el Maestro. ¿Cómo no había de impresionarnos a nosotros, hombres al fin, aquel prendimiento y aquel final, anticipado a la sentencia, cuando nos hallábamos en el desconcertante principio de una contienda civil con todos los desbordamientos inevitables de pasiones y antagonismos?

Pero la tibieza no era falta de conocimiento, sino desconcierto ante una realidad insospechada. Heriremos al partir y se diseminarán las ovejas, dice el Evangelio. Y esto nos ocurrió a nosotros. Muniesa fue un hombre bueno y honrado; un hombre dinámico y batallador, con una inteligencia grande y un don de gentes todavía mayor. De haber tenido vocación política hubiera sido tal vez demoledor en sus campañas y adversario temible. Pero tuvo vocación científica e

intelectual; y para su ardor combativo necesitó una válvula de expansión, que fue el fútbol. Y por donde menos podían sospechar quienes le conocían en el otro aspecto, en el futbolístico, realizó una auténtica tarea constructiva cuya concreción aún subsiste y nadie ha mejorado, porque para mejorarla hay que colocarse en el ambiente y en los medios de que dispuso para su realización.

Muniesa fue un hallazgo providencial para nuestro fútbol; fue lo que ahora se llama un «superdotado». Todos los elogios que pudieran ser vertidos en su homenaje serían pálidos ante la realidad.

Recuerdo una anécdota que tengo leída y que viene como anillo al dedo para acabar esta semblanza. Cuéntase que en una ocasión visitaba el emperador Carlos V la habitación donde Tiziano pintaba uno de sus cuadros. Sin duda impresionado por la visita del Emperador el maestro dejó caer al suelo uno de sus pinceles. Carlos V con majestuosa sencillez se apresuró a tomar el pincel y entregárselo al pintor. Uno de los duques que acompañaban al emperador se atrevió a preguntar a éste si no era demasiado honor el que había dispensado al artista, a lo que Carlos V respondió: «Duques como vos puedo yo hacerlos cuando quiera; genios como Tiziano sólo puede hacerlos Dios».

Hombres como los que hemos intervenido en los cuarenta años del fútbol aragonés, con muy buena voluntad, con mucho espíritu de sacrificio y desinterés, hemos sido a montones; inteligencias como la de Muniesa, no hemos conocido otra. Y esto ha sido el mejor regalo que Dios nos otorgó por nuestra constancia y para nuestra satisfacción. Por eso el haberlo perdido es nuestra mayor pesadumbre. ¡Que Dios que nos lo dio y que en sus altos designios permitió que sin él nos quedáramos, le tenga otorgada la suprema paz a que era merecedor por sus cualidades de toda clase, y por el logro de la cual se elevan constantemente nuestras oraciones y son constantes nuestros buenos recuerdos.

(Madrid – marzo de 1952 – Festividad de San José).

Gayarre, Memorias transcritas (I). Memoria sobre Felipe Lorente Laventana

Nuestra «peña» futbolística se mantuvo íntegra a través de los años y de las vicisitudes. El café «Europa», el «Oriental» y «La Perla» fueron los lugares de reunión. En el «Oriental» tuvo sus oficinas y su casino el Iberia. Pero donde más intensamente tuvimos acomodo fue en «La Perla», luego transformada en «Salduba». En el piso principal de «La Perla», en lo que un día fueron sus salas de juego, estaba la Casa de Valencia y allí fue a parar el Iberia con todos sus trastos, para tormento de D. Ramón, que había sido tenor de zarzuela y que desempeñaba funciones de conserje de los valencianos. Cuando D. Juan Domenech y Pepito Villar decidieron transformar los locales en lo que hoy es restaurante y café «Salduba» hubo que levantar anclas; pero nuestra «peña» siguió instalada en el flamante nuevo café. También en él se acomodaron otras «peñas» que no eran precisamente «iberistas». Así la de D. Julio Ariño, que era una «peña» teatral que se nutría a última hora con la asistencia de artistas y gentes de teatro. Por su heterogeneidad, sobre todo desde la salida de los espectáculos de noche hasta entrada la madrugada, pudo ser clasificada como el mentidero auténtico de la ciudad. Los acontecimientos del día, las últimas noticias, conocidas allí con rapidez, eran sabrosamente comentadas. Y así en aquella «peña» los temas políticos, los taurómacos, los teatrales, tenían un rango de especialidad, pues autores, artistas, políticos, periodistas que se encontraban de paso en Zaragoza acudían a ella

engrosando su núcleo habitual, con lo que la tertulia llegó a adquirir fisonomía típica. Junto a ellos estábamos nosotros, al principio un poco cohibidos por la exclusividad de nuestros temas, pero pronto interferidos en el ambiente general. Cuando se produjo la fusión del Iberia y del Zaragoza, se rompieron los últimos hielos y ya pudo considerarse que la «peña» de última hora la constituíamos todos; y aún puede afirmarse que de aquella circunstancial y nocturna agrupación salieron las más eficaces fórmulas preparatorias de la aludida fusión.

Felipe Lorente Laventana era uno de los asiduos concurrentes a aquella tertulia de última hora. Tenía de toda la vida su señor padre un negocio comercial de almacén de papelería y material de oficina. Yo lo recuerdo establecido en la calle del Temple, de donde pasó a la de Jaime I esquina a San Jorge. En ese negocio trabajaba Felipe Lorente, quien ya casado y con hijos, trataba de independizarse por saber que al fallecimiento de su padre, aquel negocio, que las circunstancias iban poniendo cada vez más difícil, ni era apto para compartirlo con nadie, ni pasaría a sus manos. Tenía Lorente una cualidad estimabilísima: su cordialidad. Quien por cualquier circunstancia tenía oportunidad de conocerlo podía ya considerarse como amigo suyo.

Yo le conocía de muchos años atrás y no podría decir cuál fue el origen de nuestro conocimiento. Nos saludábamos por la calle y nos hablábamos sin mayor transcendencia en la conversación que la propia de quienes conociéndose se hablan por costumbre, pero sin coincidencia alguna. Lorente no era aficionado al fútbol y en ese camino tardamos mucho en coincidir. Lorente sentía atracción por la política; era republicano radical y específicamente lerrouxista. Era cosa de abolengo familiar. Su tío Manuel Lorente Atienza, hermano de su padre, era figura destacada en el republicanismo local y ocupó diversos cargos de elección popular, antes ya del advenimiento de la república del 31. Cuando ésta llegó Manuel fue diputado a Cortes y gobernador civil de Zaragoza. Como era

hombre ponderado, ecuánime y consecuente, realizó labor beneficiosa; pero bastaría señalar que las citadas cualidades para sacar la consecuencia de que fue pronto desbordado por los «nuevos» republicanos y por el sectarismo que hizo proclamar a gritos a los auténticos y pocos republicanos sinceros de toda la vida: «No es esto, no es esto».

Felipe Lorente era también republicano sincero, de los que estimaban fundamentales las virtudes de un género de régimen político. Pero como todos ellos, un equivocado, pues no acertó a comprender hasta el último momento que la República advenida no era para los republicanos, sino para los ambiciosos sometidos a todo género de poderes ocultos y para quienes al servicio de ideas internacionales habían pronto de arrasar toda partícula de convivencia y habían de repudiar a los idealistas y a cuantos se opusieran a sus trágicos designios. Venía Lorente a la tertulia con su correligionario Bauzo, antítesis de Felipe en orden a sociabilidad y simpatía. Pronto hizo buenas migas con nosotros. Metido en asuntos teatrales, se quedó con el arrendamiento del teatro Principal, en cuyo asunto no debió irle muy bien. Políticamente, fue elegido concejal en las elecciones de abril del 31 y fue teniente de alcalde algún tiempo. Por aquella época, de intensa lucha social, mejor dicho de dura pugna entre la UGT y la CNT, que se diputaban la hegemonía sobre las masas obreras, tuve ocasión de intensificar mi relación con Lorente y de llegar al establecimiento de una sincera amistad. Fue a raíz de los problemas planteados a Cementos Zaragoza por la antedicha pugna socializante, pugna tan aguda en disgustos y contrariedades que a más de incontables perjuicios materiales proporcionó a la empresa la prematura muerte de sus presidente del consejo y director gerente tremendamente afectados por los apasionamientos de una lucha en la que se vieron totalmente desasistidos por las autoridades locales. Lorente vino a Cementos y nuestra convivencia me permitió conocerle a fondo. Pude comprobar las zozobras de su espíritu ante el panorama general que se cernía sobre España y día a día me fue dado

asistir al naufragio de unos ideales sustentados sinceramente durante tantos años y difuminados ante el deplorable espectáculo de la barbarie desatada. Cuando estalló el Alzamiento Nacional, no quedaba ya en Lorente, como en tantos desilusionados españoles, más que el afán de que pronto viniera algo, lo que fuera, que barriera aquel malhadado Frente Popular, prisionero de sus propios errores y desbordado en su propio sectarismo por las fuerzas incontrolables que él mismo había fomentado para su sostenimiento.

Entre tanto, Felipe, incondicional amigo mío, intensificó su relación futbolística con todos nosotros; nos ayudó en cuanto pudo y cuando llegaron momentos de cansancio y de vacilación la voz sincera de Lorente se dejó oír y para dar ejemplo y ánimos a todos no tuvo inconveniente en cargar con la presidencia del Zaragoza, en la que estaba cuando el equipo ascendió a la Primera División en la temporada 1935-36. De su paso por la directiva del club quedó como fundamental, aparte de la materialidad del ascenso y de la nivelación de la situación económica, su incansable labor por aunarnos y mantenernos en tensión a quienes ya comenzábamos a dar señales de disentimientos producidos por el agotamiento inherente a muchos años de incesante batallar. Seguramente y como inmerecida compensación a sus buenos deseos puestos en práctica, le cupo la mala suerte de que su mandato presidencial acabara teniendo que presidir la horrible Junta general del Iris Park, que acabó también con casi todos nosotros; pocos días después se producía el Alzamiento nacional y el paréntesis abierto, glorioso en su finalidad, ya no pudimos cerrarlo futbolísticamente muchos de los que asistimos a su iniciación, por muy diversas causas. Con todo, aún prosiguió Lorente su tarea de buena voluntad y de servicio al fútbol aragonés. En el año 1937 los clubs existentes en Zona Nacional dominada por Franco, acordaron reunirse en San Sebastián para dar señales de vida y recabar la auténtica representación del fútbol español, ya que la Federación Española permanecía en Madrid y en manos de los rojos. Lorente

fue a San Sebastián representando al Zaragoza y a la Federación Regional. Abogó con todos por la reorganización del organismo nacional y defendió la candidatura de Julián Troncoso, a la sazón Comandante Militar de Irún y Jefe de Fronteras, para la presidencia del Comité directivo. Troncoso pertenecía a la Junta del Zaragoza y el fútbol aragonés tuvo la satisfacción de ver encumbrado al primer puesto de la organización nacional a uno de los suyos. De aquel Comité de San Sebastián formaron parte hombres tan representativos como los hermanos De la Riva y Juanito López García. Y con eso sí que se acabó el fútbol para Felipe Lorente.

Incorporado a él, como queda dicho, más que por afición por adhesión personal a quienes llevábamos las riendas directivas, cumplió con exactitud los fundamentos de su incorporación, pues sirvió a todos con lealtad, con entusiasmo y prestó beneméritos servicios también al fútbol local, pues no hay que olvidar los difíciles momentos por los que atravesábamos, en todos los órdenes, cuando Lorente ofrendó su incondicionalidad y sus buenos deseos.

Pero Felipe Lorente, hombre trabajador y siempre bien intencionado, tiene sobre sí la mala suerte de que se malogren en flor todas las cosas en las que pone su fe y sus mejores intenciones. Preparado desde chico en el negocio de su padre y dominador de él al cabo de los años tuvo precisión de abandonarlo por disensiones familiares inherentes al fallecimiento de su padre. Orienta su vida por otros derroteros. Se queda con el arriendo del Teatro Principal y pierde dinero. Logra en Cementos Zaragoza una misión comercial de importancia y cuando puede comenzar a recoger los frutos de su trabajo, se proclama el Alzamiento nacional, viene la Guerra de Liberación y todo se va al traste. Ha sido republicano de toda la vida; ve llegar la república, contempla con amargura las orientaciones de la misma, completamente dispares con lo que él ha defendido siempre y en cinco años calamitosos la ve desaparecer ahogada en sus mismos errores y

barrida en descomunal batalla por la reacción de los auténticos españoles entre los que él se encuentra. Su dinamismo no descansa y pronto surge en él la iniciativa de montar un negocio en Irún, modesto en sus orígenes que domina perfectamente y que puede llegar a ser un asunto interesante. Y cuando ya lo tiene en marcha surgen los apetitos y el afán de muchos por significarse, enmascarando de patriotismo lo que no son sino iniciativas mercantilistas y le intervienen sus instalaciones y su negocio en aras de un monopolio que sirve para enriquecer a unos pocos y para dar colocación a otros muchos…

Pero Lorente no descansa y con el argumento de aquel modesto negocio presta a la Comandancia Militar de Irún servicios inapreciables. Lorente tiene buenos amigos personales en Francia y en un continuo pasar y traspasar la frontera logra organizar una información eficiente que tanto el Cuartel General como el V Cuerpo de Ejército estiman y aprovechan. Aquello no rinde a Lorente utilidad alguna, pero él ha sido toda la vida desinteresado y se complace en ser útil, no sólo a la Causa, sino también a cuantos a él acuden en demanda de auxilio para localizar a un familiar desaparecido, para reincorporarse a la España de Franco y para cuantos innumerables casos se dan en circunstancias como aquellas para hacer un favor.

No se le va de la cabeza el recuerdo de un episodio harto amargo, en el que se ha puesto de relieve esa mala suerte que le acompaña. Cuando se produjo el Alzamiento tenía a su familia en Alcalá de la Selva. Tras los primeros días de desconcierto y de incomunicación, logra trasladarse a Teruel para intentar recoger a los suyos. Desde Teruel inicia gestiones para comunicar con Alcalá de la Selva. Con su familia están en el mismo pueblo Antonio Sánchez y José María Muniesa con sus familias. Ello le hace estar un poco confiado, pero a la vez le produce una gran preocupación tremenda. Él sabe que Augusto Muniesa ha sido detenido y sabe también que

se busca a José María; le intranquiliza la suerte de los suyos, pero le intranquiliza todavía más lo que pueda ocurrirle al amigo, a quien querría prevenir. ¿Cómo hacerlo? En la vacilación natural se precipitan las cosas. Los veraneantes de Alcalá han evacuado el pueblo ante la inminente entrada de los rojos procedentes del penal de San Miguel de los Reyes. Las familias de Lorente, Muniesa y Sánchez con José María y Antonio han alquilado una caballería y han salido monte a través. Penosa marcha, pero al fin la liberación. Y al encontrarse, lo irremediable. Muniesa es detenido y Felipe, con el dolor de no haber podido avisarle con tiempo para evitarlo. Lo demás sería ya por mucho tiempo un motivo de triste amargura para Felipe Lorente, que nada pudo hacer por aquel amigo a quien tan de verdad apreciaba.

Lorente concibió nuevas empresas y se trasladó a Madrid. Buenos horizontes, magníficas perspectivas; pero cuando el fruto parece sazonar, el derrumbamiento. Y vuelve a empezar con mayores bríos; pero nuevo retorno a una interminable calle de la Amargura, cuyo tránsito parece ser el sino de este hombre sinceramente bueno, que no ha hecho más que servir a todo el mundo y que nunca acaba de encontrar quien le sirva a él, como si no lo mereciera o como si una mala suerte le acompañara con tenacidad.

La única compensación que puede tener a tantos afanes frustrados es el sentirse asistido de los suyos, que estoicamente han encajado los infortunios, alentándole a proseguir sin desmayos, en el intento de salir adelante. Unos hijos inteligentes, trabajadores y optimistas que han sabido encarrilar brillantemente sus actividades y sus vidas, son el auténtico remordimiento por creer que no ha podido hacer por ellos cuanto él habría deseado.

Yo siempre espero con ansiedad saber que un día Felipe Lorente ha logrado cuajar en realidad una de sus innúmeras buenas iniciativas, y además de esperarlo, lo deseo vivamente, pues Lorente lo merece, por buen amigo y buena persona. Algún día

quedará vencida su mala estrella y logrará la compensación de un vivir tranquilo, libre de preocupaciones de toda clase. Mientras esto llega, quede aquí constancia del reconocimiento y la gratitud que merecen los buenos servicios que colectiva y personalmente nos ha prestado la buena amistad de Felipe Lorente.

Madrid, junio de 1952.